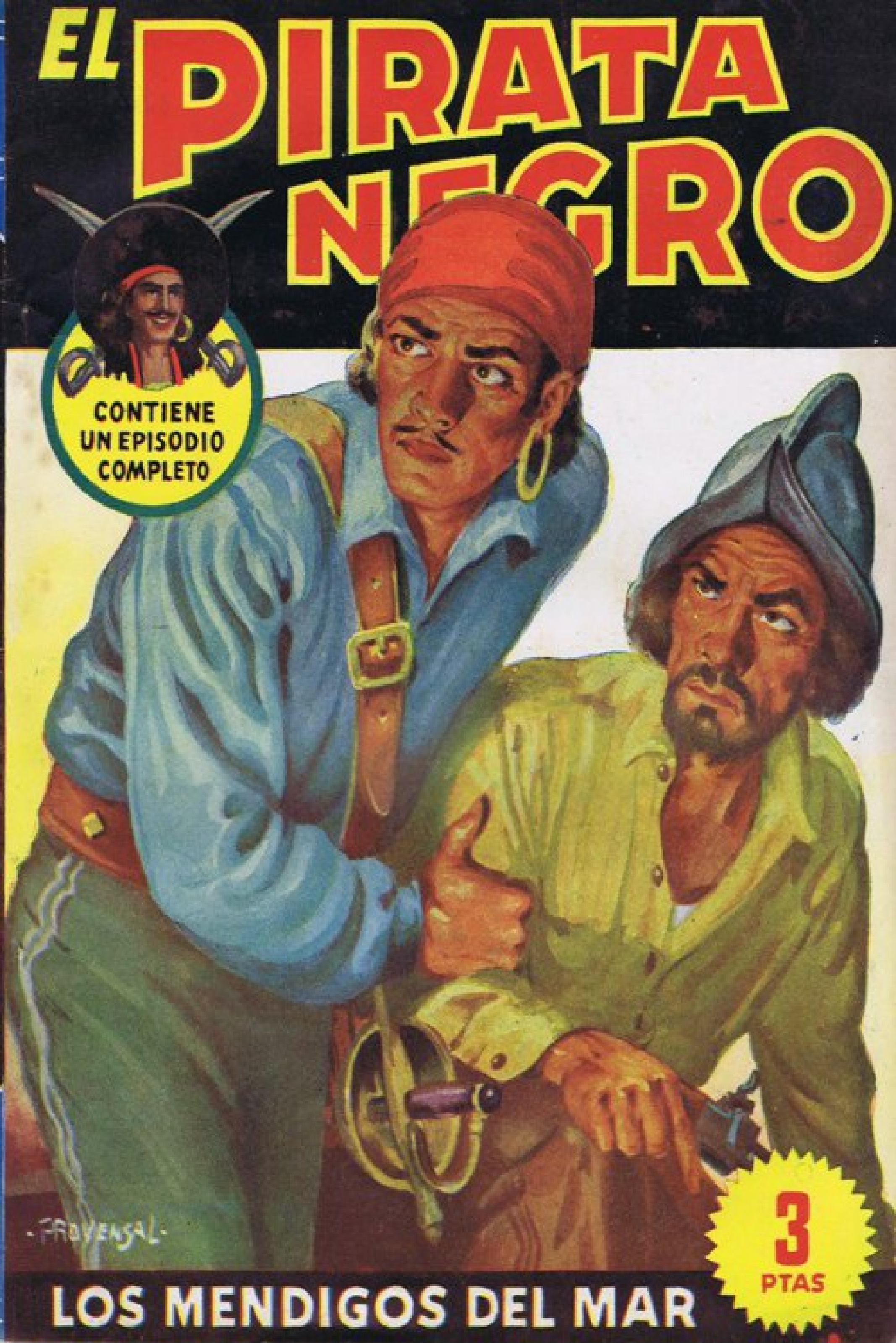
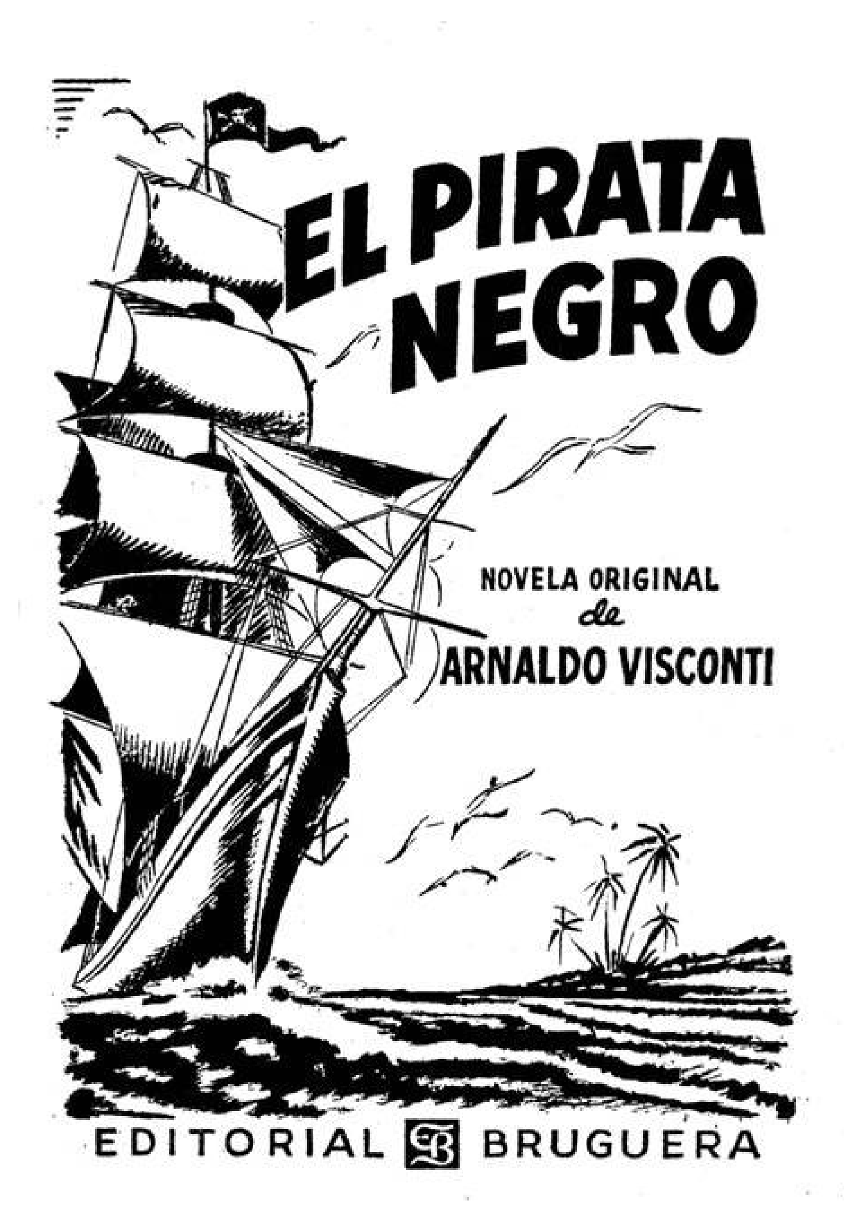


EL PIRATA NEGRO
CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO
PROVENSAL
3 PTAS
LOS MENDIGOS DEL MAR


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Los mendigos del mar

Colección El Pirata Negro n.° 15

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1946


Los MENDIGOS del
MAR

PROLOGO

Arystottle Toffle sufría dos inocentes debilidades que en él constituían dos pasiones metódicas y sistemáticas, cuyas excelencias proclamaba constantemente, reputándolas incomparables: aspirar el aroma del sabroso *grogg* caliente en las frías noches brumosas de su ciudad natal de Dover, y compulsar durante el día multitud de archivos históricos.

Pero sus dos fetichismos favoritos tenían una especialidad: el brebaje que contuviera limón, yema de huevo, ron y agua caliente no lo degustaba en cualquier sitio, ni tampoco se quemaba las pupilas descifrando cualquier cronicón antiguo.

El *grogg* tenía que saborearlo en la posada de la viuda Roberts, y sus búsquedas históricas referíanse exclusivamente a la historia marítima inglesa del canal que, separando a Gran Bretaña del resto de Europa, "convertía-según Arystottle Toffle-a Europa en una isla".

La posada de la viuda Roberts estaba siempre concurridísima, dada su cercanía a los muelles, y cuando alguien encauzaba lógicamente la conversación hacia el tema marinero, nunca faltaba la opinión autorizada de Arystottle Toffle, quien sacaba a relucir su gran erudición, inundando a sus oyentes con multitud de datos y citas, que dejaban boquiabiertos a los cándidos e incultos marinos.

Y esa era la mayor felicidad de "Tottle Toffle": percibir entre el vaho del humo fragante y en el tibio ambiente del interior de la posada la pasmada atención con que era escuchado.

Pero nunca el maniático y pacífico solterón pudo suponer que, por una de aquellas exhibiciones de su cultura histórica, el destino de su vida iba a sufrir un cambio repentino, que de sencillo cuarentón de costumbres morigeradas iba a convertirlo en un pirata de actividad inquieta, y tenebrosa.

Ocurrió ese avatar imprevisto en el transcurso de una noche tempestuosa del invierno del año 1693, y en ocasión en que la zona del canal era azotada por un vendaval huracanado que hacía revolotear los jirones de bruma blanquecina que valseaban atravesados por la densa cortina de lluvia que, a impulsos del viento, arremolinábase con frecuencia.

La viuda Roberts, regordeta y amablemente autoritaria, trajo personalmente el *grogg* a su cliente más asiduo. Arystottle Toffle agradeció, como siempre, aquella muestra de trato preferente, y, como siempre, abarcó con sus dos manos ahuecadas el contorno del gran vaso de sólido cristal empañado por el oloroso y cálido ponche.

Varios habitantes de Dover habíanse refugiado en la posada para resguardarse del tiempo inclemente, pero la mayoría de los concurrentes eran marineros en escala.

Y cuando un contramaestre de luenga barba canosa quejóse en voz alta de que "la mocedad actual carecía de la acometividad y de la ingeniosa disposición de los hombres de hacía treinta años", Arystottle Toffle, desde su mesa, asintió repetida y efusivamente.

El contramaestre fijóse en aquel espontáneo refuerzo a sus palabras, y quiso cerciorarse de si era el *grogg* o la convicción íntima la razón por la que el desconocido afirmaba con cabezadas su aprobación.

Al comprobar que la nariz ganchuda de Arystottle Toffle lucía una palidez de buen síntoma y que era el primer *grogg* que le habían servido, y, asimismo, que aún no lo había catado, el viejo lobo de mar le tomó por principal oyente.

—En aquellos tiempos el marino dormía poco y luchaba mucho. Ni se acicalaba ni pensaba en cosas ajenas a su trabajo. Éramos rudos como el cáñamo sin mojar y la tormenta nos acunaba, ¿verdad, caballero?

—Cierto; así era-replicó concisamente el ciudadano de Dover, que nunca había pisado la cubierta de una nave.

—¿En qué velero tripuláis, caballero? —inquirió el contramaestre.

Y esa fué la ocasión que quiso aprovechar Arystottle Toffle para extenderse en consideraciones de orden histórico.

—Lo que vos, contramaestre, conocéis por la práctica, yo lo

conozco por la teoría. Dicho en otro modo: desde mis veinte años y en la soledad de mi alcoba navego en compañía de los más famosos nautas. He seguido nudo a nudo los cruceros de los primeros britanos en sus barcos de poco calado, robustamente construídos de roble unido con hierro, y cabos en forma de cadena en vez de sogas. Aunque provistos de remos, usaban principalmente de sus velas, de cuero curtido. Sus cubiertas tenían un pie de espesor, y, en conjunto, estas pequeñas embarcaciones estaban tan bien y tan fuertemente construídas, que los romanos eran incapaces de hundirlas a golpe de espolón, que era su método favorito. Hasta que César no se decidió a ingeniar que sus huestes cortaran el aparejo de los piratas britanos con afilados ganchos adheridos a pértigas, no consiguió derrotarlos en el mar.

El contramaestre y los demás ocupantes del local escucharon atentamente aquella disertación, con la característica cualidad inglesa de prestar oídos siempre que alguien hablara de cosas instructivas.

Reconfortado por la expectación de su auditorio, Arystottle prosiguió:

—Nosotros, los británicos, podemos legítimamente enorgullecemos de llevar en nuestras venas sangre de los mejores piratas del mundo: los escandinavos, daneses, sajones y normandos, y por eso no es extraño que seamos dueños del mar. Porque la pericia de...

—¡Diga, diga! —reprochó el contramaestre—. ¿Vais a defender a los piratas ante mí?

—La flor de los marinos de hoy desciende de los piratas del ayer-dijo dignamente Toffle —. Si fueron perjudiciales para el comercio, también fueron los padres de esta maravillosa raza de navegantes que hoy pregona por doquier la gloria del Reino de Sus Graciosas Majestades.

El contramaestre, ante aquella elocuente alusión, quitóse respetuosamente el gorro y volvió a calárselo. Asintió, convencido ya.

Iba Arystottle Toffle a proseguir, cuando un corpulento beodo vino tambaleándose a apoyar sus dos manos en el borde de la mesa donde el ratón de archivos disertaba al calor de su *grogg*.

—Menos historias, covachuelista —rezongó torpemente—. Para

marear a los demás con relatos que has leído, deberías oler a brea como yo.

Si “Tottle Toffle” amaba los libros, odiaba toda pelea. Retrepóse hacia atrás con visible temor, con lo que aumentó el poder agresivo del marinero, que avanzó una zarpa mugrienta hacia el rostro de intelectual del doveriano.

Pero un individuo que hasta entonces había estado bebiendo silenciosamente una tacita de té levantóse con felina agilidad y, asiendo el brazo amenazador, obligó al camorrista a dar media vuelta, empujándolo después violentamente hacia atrás.

—Cuando hablen hombres doctos, aprende a callar-dijo con agradable entonación el que acababa de intervenir tan oportunamente a favor del tímido discurseador.

Alto y bien proporcionado, el desconocido vestía con distinguida sencillez. Era un hombre de unos treinta y dos años, de recia y nervuda musculatura. Los rasgos de su fisonomía eran correctos, y aun hubieran podido parecer hermosos si no los cruzara un rictus de ferocidad y de violencia.

El marinero, al recuperar el equilibrio, desenvainó, lanzándose hacia su contrincante, que dando un paso atrás desenvainó a su vez, mientras Arystottle Toffle cerraba los ojos aterrorizado y la viuda Roberts emitía un chillido agudo.

Cuando Arystottle abrió de nuevo los ojos, tras haber cesado el rumor metálico de las hojas de acero al entrechocarse rudamente, el desconocido envainaba su sangrienta espada, mientras en el suelo, el marinero, perforado el pecho, estaba inmóvil, con los brazos en cruz.

—Lamento lo ocurrido-dijo el desconocido, dirigiendo sus palabras hacia la viuda, afligida por la reyerta —. Pero con un poco de agua no quedarán señales.

Y el que acababa de hablar sentóse fríamente junto al cohibido Arystottle.

—Me llamo Liam Montbar, caballero-presentóse —. Me interesa mucho vuestra conversación. Decíais que los piratas antiguos eran la flor de los marinos. ¿Conocéis muchas historias referentes a ellos?

El cadáver había sido ya conducido por dos amigos de la viuda Roberts hacia un desierto muelle azotado por la lluvia. Seguía

flotando en el interior de la posada el vaho del calor humano y de los *groggs*. Parecía que nada hubiese ocurrido, pero "Tottle Toffle" olvidóse de su brebaje, contemplando con leve temor a su amable salvador.

—Debo... debo deciros, caballero, que agradezco mucho la intervención que... tuvisteis...

—Bagatelas; no lo mencionéis siquiera-y los extraños ojos del irlandés tenían casi una apariencia bondadosa, soñadora —. Me molestó que os interrumpieran cuando hablabais de un tema que es mi favorito.

Aquella confesión animó al doveriano, que trató de no recordar la escalofriante tranquilidad con que Liam Montbar había matado a un hombre hacía apenas unos minutos.

—Tenéis aspecto de ser hombre de mar, caballero, y por eso me complace tanto más disfrutar de vuestra exclusiva atención. Prefiero un oyente capacitado, a toda una tripulación sin afán de instruirse. ¿Os intriga algún aspecto peculiar de la historia marítima inglesa?

—Lo que deseo es extraer enseñanzas provechosas de las palabras de los sabios eruditos. Contadme artimañas de la antigua piratería. Estoy seguro de que conocéis muchas.

—Verdaderos montones-dijo halagado, Toffle —. La Historia siempre fué madre de todas las ciencias y experiencias. Veamos qué episodio puedo recordar. ¿Oísteis hablar de la "Liga de los Cinco Puertos"? ¿No? Su origen fué motivado por el peligro que los piratas irlandeses, escoceses, galeses y franceses, allá en el año 1310, significaban para los barcos que comerciaban entre Francia e Inglaterra, y que apenas se atrevían a salir del puerto. Se produjo ya entonces el fenómeno de la declinación del comercio, con su correspondiente alza de precios. Y los comerciantes de las ciudades marítimas se vieron obligados a emplear sus propios recursos, al modo de la "Liga Hanseática", para evitar que su comercio fuera completamente estrangulado.

—Narráis espléndidamente, señor-dijo con cálida voz el irlandés. Fué tal la satisfacción de Toffle ante el elogio, que se olvidó ya definitivamente de su *grogg*, y siguió perorando.

—La "Liga de los Cinco Puertos" comprendía cinco ciudades: Hastings, Romney y mi Dover, por el lado inglés, y Calais y Saint-Malo por el lado francés. Pero los piratas sabían sobornar a los

funcionarios, y las cosas no mejoraron. Más bien empeoraron dos siglos después con la aparición de “Los Mendigos del Mar”. Holanda era por entonces la más joven de las potencias marítimas europeas. Después de la primera derrota de Guillermo de Orange en los Países Bajos, numerosos rebeldes holandeses se volvieron hacia el mar como medio de escapar a la desastrosa situación interior. Adoptaron el título colectivo de “Mendigos del Mar”; el apodo de “Mendigos” les había sido aplicado a todos los partidarios de Orange por Granvella, el ministro de Felipe II en los Países Bajos.

—¿Qué estratagemas empleaban esos “Mendigos del Mar”?

—Muchísimas. La más común era que en noches de tormenta y en terrenos rocosos fingían con linternas las lucecitas de un pueblo, que hacían suponer a los navegantes que hallarían bahía protectora. El barco encallaba o naufragaba y los “Mendigos” lo saqueaban sin gran riesgo. Y para poder deambular más libremente por las costas, fingíanse tullidos. Felizmente, dejaron ya de existir. Aunque, ha poco, hubo un rebrote.

—¿Sí? Me interesáis, señor. ¿Renacieron otros “Mendigos del Mar”?

—Un corsario bretón, tal vez la figura más romántica que haya capitaneado nave pirata, y que se hacía llamar “el valiente de Cornuailles”, aunque su real nombre era Olivier Clisson, quiso reorganizar una imitación de los “Mendigos”. Pero fué descubierto, lo llevaron a París y le decapitaron. Su cabeza fué transportada a Nantes y colgada de la muralla como ejemplo.

—¿Y aquí termina esta historia?

—No; tiene una continuación aún más romántica. Figuraos que su viuda, Jeanne de Belleville, mujer famosa en todo el reino de Francia por su belleza, juró en Nantes vengar la muerte de su marido Olivier. Vendió sus tierras, joyas y muebles, y con el dinero obtenido equipó tres robustas naves. Hasta aquí os respondo de la veracidad de cuanto os relato. Es hecho reciente; Jeanne de Belleville enviudó ha dos años, y tendría entonces escasamente dieciocho, aunque, según cuentan sus conciudadanos, estaba dotada de un carácter firmísimo. En Dover recalan muchos hombres de mar de toda especie; algunos dieron en hablar de una cierta “Dama de Clisson”, la cual parece ser que manda en tres naves, surcando las costas norteñas del canal, y que se muestra inclemente con cuantos

caen en sus manos. Dicen, y no lo creo, que corta gargantas, hunde barcos y saquea pueblos costeros. Dicen también que en los combates navales es siempre la primera en abordar al enemigo. Puras leyendas.

—Posiblemente así será. ¿Y cuentan los marineros dónde se refugia esta “Dama de Clisson”?

—Dicen que dispone de casitas diseminadas por la costa normanda, donde vive como dama distinguida, honesta y por encima de toda sospecha. Me la han descrito tantas veces, que, creedme, caballero, me bastaría con dar un paseo por toda la costa normanda para demostrar que la existencia de la “Dama de Clisson” es pura leyenda.

Liam Montbar apoyó un índice nervudo en el coleto del charlatán.

—Es mi mayor deseo comprobar si la “Dama de Clisson” existe o no. Tengo un barco en el puerto. Os ofrezco pasaje gratuito y un viaje del que sacaréis provechosas enseñanzas que añadir a vuestra ciencia náutica.

Arystottle Toffle examinó boquiabierto y estupefacto a su interlocutor.

—No pienso moverme de Dover.

—Bebed vuestro ponche, caballero. Se está entibiando… y podría ser vuestro último ponche.

—¿Bromeáis, señor de Montbar?…

Liam Montbar sonreía, pero en su rictus había tanta maldad y decisión, que Arystottle Toffle humedecióse los labios repetidamente, olvidándose por completo de su *grogg*. Más que hablar, gimió:

—¿De qué utilidad os puedo ser, señor de Montbar? Soy un ratón de biblioteca y…

—Me iréis contando más artimañas piratas, y juntos daremos con la “Dama de Clisson”, ya que tan a la perfección os la han descrito. No miréis por los lados, como conejo que busca resquicio donde esconderse. Elegid calmosamente: dinero y aventura conmigo… o el suelo de una posada de Dover como sepultura.

La viuda Roberts quedóse sorprendida cuando vió que Arystottle Toffle, no sólo marchábase sin haber probado su *grogg*, sino que temblaba lastimosamente, asido del brazo que amablemente le

ofrecía un alto y apuesto caballero de distinguida apariencia.

La desaparición de Arystottle Toffle fué la comidilla de Dover por espacio de una semana. La viuda Roberts lloriqueó a solas… El tiempo fué haciendo olvidar aquella misteriosa desaparición…

Marineros que llegaban a Dover contaban que en el canal habían reaparecidos “Los Mendigos del Mar”. Mezclaban los nombres de la “Dama de Clisson” y un tal “Tottle Toffle”, en conjunción con un apellido irlandés, que no era Montbar, sino O’Connor…

Pasaron los años… Murió la viuda Roberts. Su posada fué declinando al ser adquirida por un viejo borrachín cuya hija, hosca y fea, asustaba a los que allí se acercaban.

Y una noche tormentosa de los albores del XVIII, exactamente diez años después de la conversación sostenida entre Liam Montbar y Arystottle Toffle en la posada de la viuda Roberts, un anciano encorvado andaba lentamente por las calles desiertas de Dover.

Detúvose ante la ahora ruinosa fachada de lo que fué antaño propiedad de la viuda Roberts. Acarició el pomo de la puerta de entrada y por fin empujó… Hallóse en una húmeda sala, donde sólo lucía una débil linterna, junto a la que un gato dormía agazapado en una esquina de la mesa.

Y Arystottle Toffle, envejecido prematuramente, y tardíamente arrepentido de sus actos en los últimos diez años, sentóse en el banco junto a la linterna.

El gato bufó, huyendo con el dorso erizado… Una mujer desgreñada y sucia vino renqueando y miró con suspicacia al inesperado intruso. Pareció tranquilizarse al hallarse frente a un decrépito anciano; pero no por eso varió la expresión huraña de su semblante.

—No hay cena ni lumbre, viajero.

Las palabras de la mesonera le sonaron a Toffle como un rechinar de bruja.

—Tráeme un *grogg*, papel y pluma con tintero. Toma esta bolsa y vete para volver con lo que te he pedido.

El entrechocar del oro, visible al trasluz de las mallas de la bolsa que el anciano había arrojado sobre la mesa, desarrugó el ceño de la mujeruca, que desapareció llevándose la bolsa.

Arystottle Toffle suspiró evocando la regordeta y amable figura de la difunta viuda Roberts. Instantes después, rechazando el *grogg*

que ningún parecido tenía con la sabrosa infusión que sabía preparar la viuda Roberts, empezó a escribir con hermosa letra de pendolista:

“En Dover, donde a morir he vuelto.

”Para ti, Liam Montbar, escribo, aunque no sabré si me leerás. De Genio del Mal te califiqué un día. Hoy han pasado diez años desde que mataste a un pobre beodo porque me quitaba la palabra. ¡Ojalá hubieras muerto entonces, Liam Montbar! Partí contigo... Eras arrogante, fascinador, y la “Dama de Clisson” aceptó tus indicaciones acerca de resucitar la antigua asociación de “Los Mendigos del Mar”. De mí exprimiste las enseñanzas históricas; de O’Connor te serviste para que fuera él quien figurase al frente de los “Mendigos”. Y tú y la “Dama de Clisson” ibais por el mar, sin que nadie sospechara vuestra real personalidad de jefes de tan tenebrosa asociación, que parecíamos dirigir O’Connor y yo. Razón tenías cuando asegurabas que Irlanda era un criadero de zorros piratas. Ha aparecido un irlandés que quiere ser el jefe de los “Mendigos”. MacCarey se llama y de él huyo. ¿Huyo de él? Quizá también de mí mismo. Me siento morir, Liam Montbar. Me matan la añoranza de lo que fuí y el asco de lo que he sido bajo tu dominio. Supiste triunfar y corsario del Rey eres; pero MacCarey quiere emularte, y si mi carta no llega a tu poder, por O’Connor sabrás que tu lejano reinado sobre “Los Mendigos del Mar” ha terminado, porque MacCarey es como tú un irlandés sin alma y mata con tu misma inhumana frialdad...”

La pluma quedó ahincada en el papel y Arystottle Toffle aplastóse de bruces contra la mesa. Entre sus hombros sobresalía el recio mango de un cuchillo de caza.

Arystottle Toffle ladeó la cabeza con los párpados abiertos. Miró al que acababa de asestarle la feroz puñalada por la espalda.

—Gra...cias, MacCarey...

Doug MacCarey cogió la carta, que leyó a la luz de la única linterna. Estrujó el papel.

—O’Connor escapó, Toffle. Tú, no.

—Tú... no escaparás, Mac...Carey. Montbar... te...

Doug MacCarey adelantó una mano, quitando de la ancha herida el cuchillo; volvió a levantarlo y con fría ferocidad lo hundió de nuevo entre los hombros de Arystottle Toffle.

Fué tal la rudeza del golpe, que el doveriano quedó clavado en

la mesa. El *grogg*, al caer el vaso, se derramó, empapando los cabellos del antiguo cliente favorito de la viuda Roberts…

Marchóse MacCarey, y en la inhóspita y lúgubre sala reinó un absoluto silencio.

El gato saltó encima de la mesa; contempló, con ojos fosforescentes al muerto y, acurrucándose junto a la linterna, dormitó ronroneando. De vez en cuando, por entre la rendija oriental de sus verdosas y malignas pupilas, contemplaba la mancha que, mezclándose con el derramado *grogg*, iba extendiéndose y enrojeciendo la basta madera.

CAPITULO PRIMERO

La "Mansión del Páramo"

Desde la ciudad de Calais hasta la región belga la zona costera se extendía en desértica llanura, moteada a trechos por raquíticos bosques. Pero si monótono era el paisaje en aquel vasto páramo llano, la costa ofrecía, en cambio, un contraste de roquizos acantilados y abruptas rompientes.

Sólo de vez en cuando en la franja costera abríase una caleta protegida, que coincidía generalmente con alguna de las escasas mansiones que elevábanse solitarias en la llanura, distanciadas entre sí leguas y leguas.

La inhóspita tierra árida rechazaba todo intento de cultivo, y la costa, peligrosa por sus escollos, alejaba a los navegantes. Y aquella ausencia de vecindad era la que más había influido en el ánimo de Jeanne de Belleville para elegir como morada circunstancial la abandonada mansión que por antonomasia era conocida por la “Mansión del Páramo”.

En Calais existían aún ancianos que decían haber visto un gran resplandor encima de la “Mansión del Páramo”, la noche en que murieron simultáneamente sus dos únicos ocupantes: el nigromante Jean Piers, que trabajaba en sociedad tenebrosa con su madre, la famosa bruja de Cornuailles.

Hacía de aquello treinta años, y desde entonces, según los ancianos de Calais, nadie moraba en la embrujada casucha abandonada. Y si alguna que otra noche veíanse luces en la “Mansión del Páramo”, los habitantes de Calais preferían atribuirlo a reencarnaciones de los espíritus de los dos brujos muertos.

Nadie se acercaba por aquellos contornos, y por esa misma razón Jeanne de Belleville vivía temporadas apacibles en la

"Mansión del Páramo", y "Los Mendigos del Mar" permanecían durante el día ocultos en sus cuevas de la costa.

Y la llanura quedaba siempre desolada, sin paseantes, salvo algún que otro tullido mendicante que parecía ir o volver de Calais, siendo en realidad uno de los tantos componentes de la asociación pirática en la que, hasta la llegada de Doug MacCarey, gobernaba desde lejos Liam Montbar con sus secuaces Arystottle Toffle y O'Connor como jefes visibles.

Hasta la aparición del apuesto MacCarey, Jeanne de Belleville había sido la representante del poder de Montbar, y, como él, pasaba más tiempo en el mar que en la zona de dominio de los "Mendigos".

Y durante sus escalas en tierra permanecía en la "Mansión del Páramo", de la que durante las noches podía imaginarse que los famosos brujos de Cornuailles la habitaban de nuevo.

Porque cualquier espíritu impresionable o sugestionado por el desolado y lúgubre paraje, podía imaginar que era cosa de magia o de irónico sortilegio, el melódico lamento que de vez en cuando mezclaba sus arpegios al bronco rugido del mar, siempre bravío en aquella zona del Canal.

Jeanne de Belleville, poseedora de un temperamento de infantil crueldad casi inconsciente, poseía también aficiones infantiles. Una de ellas había sido su repentina inclinación a la música, a raíz de la muerte de su esposo.

Había elegido el arpa como instrumento preferido, porque afirmaba que el vibrar de las armoniosas cuerdas aquietaba su alma, y otras veces sin la menor ironía, confesaba que si Nerón vió incendiarse a Roma pulsando la lira, ella quería ver incendiarse cuanto la rodeaba, pulsando el arpa.

Su carácter vehemente y apasionado, habíala llevado a jurar fidelidad eterna al culto de Olivier Clisson a la muerte de éste; dos años después, cuando un irlandés extraño y fascinador habíala cortejado, enamoróse perdidamente Jeanne de Belleville.

Y aquella noche, en el rellano descubierto de lo alto de la "Mansión del Páramo", la "Dama de Clisson" pulsaba el arpa, mirando de vez en cuando con amorosa languidez a Doug MacCarey, que paseaba ceñudo a lo largo de la azotea, desde la que percibíase la sombría masa del mar.

Si Doug MacCarey había logrado escindir las huestes que componían los “Mendigos del Mar” debíase más que a nada al apoyo tanto físico como moral de la “Dama de Clisson”; pero en el carácter del nuevo jefe de la miserable asociación de asesinos, no cabían gratitudes, y entre dos acordes de su triangular caja de cuerdas, Jeanne de Belleville así lo manifestó, más o menos.

—No debías haber matado a Tottle-reprochó cariñosamente.

Quienquiera que hubiese podido ver a la pareja: ella tan delicada y de aniñada hermosura y él de bella estampa arrogante, hubiérales juzgado como matrimonio que supiese apreciar la belleza de un anochecer musical.

—Debiste recordar, Doug, que fué Tottle quien, por sabio erudito, reorganizó teóricamente a los “Mendigos”. Y además, me gustaba oírle contarme anécdotas históricas de otros tiempos.

—Tu arpa y tu lengua suenan tan estúpidamente la una como la otra-masculló MacCarey con su habitual brusquedad —. Rascar cuerdas y pensar en historietas es propio de tu cerebro de tontuela.

—Nadie en el mundo entero tiene esa opinión de la “Dama de Clisson” —replicó ella con suavidad y orgullo.— Me gustas por lo basto, pero es posible que una noche te encuentre demasiado descortés.

Doug MacCarey acusó la velada amenaza.

—Discúlpame, Jeanne. Me preocupa la próxima llegada de Montbar.

—¿Es por eso por lo que esta noche viniste acompañado de Pat Donegal y cuatro “Mendigos”? ¿No bastan mis guardianes? Liam Montbar no entraría en esta casa vivo. Yo también tengo que guardarme de él, y mis “Mendigos” vigilan.

—Al hombre no le temo. Pero tiene reacciones traidoras, y como jefe corsario del Rey, podría si quisiera, delatarnos. Sería capaz hasta de venir al frente de fuerzas reales para expulsarnos de esta comarca.

—Conozco bastante a Liam, y puedo afirmar que antes de delatarnos intentará personalmente recuperar su dominio sobre los “Mendigos”. Y tratará de matarnos a ti y a mí, porque yo soy tan culpable como tú, Doug. Si tú insurreccionaste a sus hombres, yo te ayudé y le fuí infiel.

—¡Bah! ¿Cuántas infidelidades, cuántas? Si por cada una de

ellas, te hubieran tenido que matar… tiempo ha que no vivirías.

Jeanne de Belleville pulsó delicadamente dos cuerdas que despidieron un trino agudo.

—Sólo a tres hombres he amado: a Olivier, a Liam, y a ti. Al primero por audaz, al segundo por desconcertante, y a ti por inculto y salvaje. Creo que pronto me cansaré de tu tosquedad.

—Por dos veces me has amenazado, Jeanne. Y es ahora, precisamente, cuando más unidos debemos estar si queremos que Liam Montbar no nos aplaste. Bien sabes que te quiero porque eres fina y suave como una tela rica.

Jeanne de Belleville desgranó una carcajada armónica.

—Tosco cumplido de catador de mozas de mesón. Pero creo, también, Doug, que si me quieres mucho es porque sin mí, quizás los "Mendigos" no te obedecerían. Y la organización que hace diez años idearon y crearon Liam y Tottle, produce mucha riqueza, mucha… ¡Míralos allá! ¡Están aumentando tu fortuna, Doug MacCarey!

En el borde de un acantilado brillaban unas débiles lucecitas encendidas de pronto en la obscura noche. Las olas encrespadas rugían con furia en la base del acantilado, empapando a los "Mendigos" que, los unos asiendo largas pértigas rematadas en garfios, y los otros sosteniendo anchos listones de palanca, aguardaban a que el navío, que se debatía con el temporal y la fuerte corriente, viniera a encallar atraído por las luces altas que le habían de hacer creer en la existencia de una cala de arribo.

Las dos luces de proa y popa de la nave quedaron reducidas a una sola cuando el buque viró presentando tan sólo su luz de proa.

La maniobra, visible desde la azotea de la "Mansión del Páramo", provocó una musical risa en la "Dama de Clisson".

—Otro más. Viene hacia el seguro refugio… donde le aguardan tus hombres, Doug.

—Espero que no será como el último que encalló. Calas vacías y una tripulación sin viajeros de importancia.

—Bien merecieron su muerte-dijo ella, convencida.

El arpa continuó arpegiando sus lamentos, mientras la luz de proa de la nave engañada iba agrandándose en su ruta hacia la costa y la muerte.

Cuando la nave azotada por el viento y el oleaje entró en la

aparentemente tranquila bahía de escasa anchura donde afloraban los traidores escollos, las lucecitas de lo alto se extinguieron.

Los “Mendigos” abandonaban su inmovilidad y apagando sus linternas acudían acantilado abajo a reforzar a sus compañeros de saqueo.

El primer arañazo de los arrecifes en el casco de la nave resonó quejumbrosamente, con crujidos de rotos maderos. En cubierta oyéronse exclamaciones de alarma y el barco escoró de banda, ladeándose peligrosamente.

Una nueva ráfaga de viento empujó al siniestrado navío, que fué a encallar en la mugiente y espumosa rompiente donde desde el anfiteatro de rocas, los “Mendigos del Mar” lanzaron sus pértigas engarfiadas y aseguraron las palancas de abordaje.

El espectáculo adquirió pronto en su salvajismo una grandeza que deleitaba a la “Dama de Clisson”, que había acudido a contemplarlo descendiendo por un sendero escoltada por sus guardianes especiales.

Doug MacCarey tomaba parte directa en el asalto, y los cuchillos irlandeses ensangrentaron la cubierta. La defensa de los atacados por sorpresa en medio de la tormenta, fué debilitándose gradualmente, e instantes después con diestra rapidez que hablaba de mucha práctica, los “Mendigos” iban transportando los fardos que sacaban de las calas.

Un grupo de viajeros de la nave fueron empujados hacia las palancas y pronto reunidos en tierra, vieron avanzar hacia ellos la frágil y hermosa figura de una mujer.

Jeanne de Belleville, fué examinando a la luz de las linternas, el atuendo de las cuatro únicas mujeres presas. Sin pronunciar una sola palabra las iba despojando de sus joyas, que iba entregando a uno de sus guardianes.

Doug MacCarey verificaba la misma operación con los hombres. Cuando los dos jefes se apartaron de la arena, la breve playa adquiría un tinte rojizo por el resplandor del incendio provocado en el buque naufragado, para hacer desaparecer sus restos.

Las llamas iluminaron la bestial inhumanidad con la que los “Mendigos” iban desnudando de sus ricas ropas a los prisioneros y a continuación empezó la matanza...

Los lacerados cadáveres fueron lanzados al agua con piedras al

cuello. Jeanne de Belleville y Doug MacCarey ascendían ya por el sendero que conducía a la “Mansión del Páramo”.

En la traidora caleta sólo quedaba de nuevo el agua espumeante barriendo los escollos y un desierto anfiteatro de rocas.

Instantes después, en el interior de su morada, Jeanne de Belleville jugueteaba con las joyas robadas, hundiendo entre ellas sus ahuesados dedos delicados.

Tras ella, Doug MacCarey la contemplaba ávidamente. La crueldad tan natural de aquella mujer atraía al inhumano irlandés.

—Esta vez ha sido más provechoso el trabajo-dijo ella, mientras dejando las joyas, acercábasé al arpa, que abrazó —. Hemos ido perfeccionando las lecciones de historia del erudito Tottle.

Y la risa de la “Dama de Clisson” sonó tan argentina y musical como los acordes que del instrumento arrancaban sus bellos dedos sonrosados.

CAPITULO II

La fiera al acecho

El esbelto velero bogaba hacia los brumosos parajes normandos de la costa de Calais. El airoso penacho de espuma donde cabeceaba la proa demostraba por su limpio corte la buena traza maniobrera de la nave, que avanzaba gallardamente por las siempre agitadas aguas de fuerte corriente del Canal.

Eran pocos los tripulantes que en su cubierta atendían a las velas y a la maniobra. Eran dirigidos por un corpulento individuo de rostro surcado de costurones, que daba sus órdenes con ronca voz estrepitosa, acompañada de rotundas jaculatorias malsonantes.

Un hercúleo negro manejaba con fácil ademán la rueda del timón, como si tuviera mucha costumbre de navegar por mares procelosos.

El "Aquilón", que este era el nombre del barco, seguía ruta hacia el puerto de Calais, y en el camarote de la sala capitana ofrecíase un extraño cuadro.

Dos sarcófagos tallados en madera y esculpidos con idolillos peruanos manteníanse en pie, con la cubierta cerrada contra el tabique. A los pies de los dos ataúdes, un majestuoso leopardo acechaba gruñendo sordamente.

Sentado en la única mesa del camarote, con los pies apoyados en el banquillo, Carlos Lezama, el Pirata Negro, sonreía sarcásticamente mirando los lentos paseos de "Satán", el leopardo, por delante de los dos sarcófagos.

—Olisqueas vigorosamente, "Satán" —dijo en voz alta el Pirata Negro—. Generalmente es esta tu actitud cuando hueles a vida humana, pero en el interior de esos cofrecitos no hay nada. A lo más, dos momias. Por capricho los mandé cargar en Villefranche, y

creo que ya es hora de que examine sus contenidos.

El musculoso y esbelto pirata saltó ágilmente, acercándose a los dos ataúdes. En sus ojos negros brillaba intensa luz de ironía y dureza entremezcladas.

—Atrás, gato-ordenó tocando con la bota el flanco del leopardo —. Podría surgir un fantasma y de nada valen garras ni colmillos contra esos entes.

Abrió, con brusco manotazo, la tapa de uno de los ataúdes. En el interior del vasto cofre de madera, un gigantesco hércules rubio encadenado prorrumpió en estentórea imprecación:

—¡Voto al cuerno! ¡Hora era ya!

—Tate-dijo calmosamente el Pirata Negro —. ¿Qué milagro es ese? ¿Veo visiones o trátase de mi buen amigo el capitán mosquetero caballero Jarnac de Lesperruy?

Jarnac de Lesperruy lanzó una sarta de belicosas exclamaciones muy propias de un mosquetero. Cuando se hubo calmado, miró ceñudamente la sonrisa irónica y la fría dureza de los acerados ojos del Pirata Negro.

—Vos sabíais que yo estaba aquí dentro, hidalgo. Me habéis tenido encerrado por espacio de una semana. Si no lo sabíais, ¿por qué echabais vino y tasajos de carne por el boquete de la cabecera de ese trasto maldito?

—A veces hay muertos peruanos que desean que se cumpla el rito de darles la compañía de manjares-replicó Lezama con evidente sorna.

—¡Quitadme las cadenas ya, voto a bríos!

El Pirata Negro fué desencadenando al mosquetero, que por espacio de varios minutos y fuera del ataúd se frotó los entumecidos miembros.

—Vuestra broma ha sido de muy mal gusto, hidalgo Lezama. Broma muy pirata, pero que no me ha producido ninguna hilaridad.

—Menos hilaridad me produjeron las últimas palabras que pronunciasteis cuando nos despedimos. ¿Recordáis? Tomasteis partido en pro de un insolente borracho.

—Está... ahí-dijo Jarnac señalando el otro ataúd.

—Era un borracho al que juré dar muerte-dijo el Pirata Negro como si no hubiera oído la indicación del gascón —. ¿Seguís oponiéndoos, Jarnac?

—Si yo olvido vuestra infernal broma, ¿olvidaréis la pelusilla de unas palabras pronunciadas por un hombre ebrio que os quiere? Luego me expuso su pena por haberos ofendido y...

—¿No os apetecería comer y beber sentado a la mesa como corresponde a un caballero?

—Sí. Pero antes... os ruego en nombre de nuestra camaradería que perdonéis a Diego Lucientes. ¿No pensáis sacarlo de este maldito ataúd?

—Ah, ¿pero está ahí dentro? Por mí puede pudrirse eternamente.

Jarnac de Lesperruy acercóse impetuosamente al segundo sarcófago, cuya tapa abrió de un fuerte tirón.

Un atildado pelirrojo, de rostro simpáticamente truhanesco, guiñó un ojo al gascón. Faltábale el antebrazo izquierdo.

—Buenos días, Jarnac. ¿Qué tal te fué ahí dentro? —preguntó Diego Lucientes, mirando de soslayo y con cierta aprehensión a su antiguo jefe que, sentado en la mesa, volvíale la espalda ostensiblemente.

El mosquetero desató al manco y, encogiéndose de hombros, le señaló las anchas espaldas de Carlos Lezama, que rascaba brutalmente la cuadrada testa del leopardo.

Diego Lucientes tragó dificultosamente; ajustóse el coleto de encajes y avanzó decidido hasta colocarse frente al Pirata Negro. El leopardo gruñó poco amistosamente.

—Cantan las olas, huele a brea y a yodo, Carlos Lezama. Los hombres de mar nunca guardan rencores. Si tú eres altivo, más lo soy yo, y, sin embargo, reconozco que fuí un imbécil y que merecía muerte a tus manos.

—Palabras de hombre que no sabe beber vino, nunca las escuches, “Satán” —dijo el Pirata Negro dirigiéndose al leopardo.

—Tú me escucharás, Carlos Lezama. Nunca a nadie le he pedido perdón; nunca delante de nadie me he humillado. Eres a veces cruel y despiadado, pero eres también hombre justo. ¿No hay perdón para quien reconoce sus culpas? Te pido perdón...

El Pirata Negro siguió en silencio.

—¿Tendré que pedírtelo de rodillas, Carlos Lezama?

—De rodillas sólo andan los cobardes, estudiante-y el Pirata Negro sonrió —. Pero, dime, ¿por qué me pides perdón? ¿De qué?

¿De dónde vienes? ¿Qué haces a mi bordo?

—En Villefranche... —empezó a decir estupefacto el ex estudiante.

—¿Villefranche? No conozco tal ciudad. Nunca estuve en ella. ¿Qué tal estás, “Medio Brazo”?

Comprendió Diego Lucientes que el Pirata Negro manifestaba con aquellas palabras querer olvidar cuanto había ocurrido. Sonrió alegremente.

—Gracias, capitán Lezama. Ahí está Jarnac, hambriento, aunque sonríe como ogro feliz. ¿Si celebrásemos este encuentro?

Jarnac de Lesperruy dió dos pasos adelante y colocó su índice rectamente en el pecho del madrileño.

—Lo celebraremos comiendo, Diego. Pero beber, ni por pienso.

—Dejadlo, Jarnac-intervino Lezama —. Si quiere mosto, mis bodegas rebosan de caldos generosos, y yo soy más generoso aún. ¿Qué vino prefieres, estudiante? Demuéstranos que eres el caballero andante del alcohol y el príncipe inmortal de las tabernas.

Diego Lucientes se irguió y con serio continente sincero dijo:

—Si bebo una gota de uva exprimida o toco un solo naipe, juro clavarme la única mano que me resta en el corazón y coserme la boca a pistoletazos.

—Con una sola de esas dos sabias medidas bastará-replicó Lezama —. Bien, señores, sírvanse cuanta comida deseen. “Satán” ya comió y no les disputará el yantar.

Por unos instantes, pareció que Jarnac iba a vaciar la alacena; tal era su prisa en sacar de ella alimentos. Cuando hubo devorado concienzudamente, extendió las piernas sonriendo satisfecho. Contempló el grupo del pirata y el leopardo.

—No sé cuál de los dos es la fiera. A través de mi boquete veía vuestra fría sonrisa, hidalgo, y creedme, parecíais una fiera al acecho. Suerte que soy vuestro amigo. ¡No quiero saber qué clase de bromas reserváis a vuestros enemigos!

—¿Puedo preguntar dónde vamos, capitán Lezama?

—Donde se pueda cantar, apalear y matar con tanta libertad como la tiene el pastelero para matar moscas; donde el mar sea nuestro imperio y el mundo nuestro jardín, donde a placer paseemos. ¿No dejaste a tu esposa por ir en busca de emociones y aventuras? A ellas te llevo, estudiante archiloco. A la costa de

Calais, en pos de nuestro anfitrión reciente; en pos del excéntrico criminal irlandés llamado Liam Montbar.

* * *

>

Liam Montbar semejaba una sombra más entre las sombras de la noche. Conocedor profundo de la topografía del páramo, había llegado hasta los muros de la casa de la “Dama de Clisson”, sin ser visto por los hombres que, paseando lentamente, montaban la guardia en el exterior de la mansión.

Y desde el entrante obscuro de dos muros, Liam Montbar veía la escena que se desarrollaba entre los dos seres que le habían traicionado.

Doug MacCarey y Jeanne de Belleville cenaban. Ella, reclinada en un triclinio de corte romano y revestida de túnica griega, demostraba su inclinación al preciosísimo amanerado, y también que había llevado a la práctica las más inofensivas de las enseñanzas históricas de Arystottle Toffle.

Doug MacCarey era físicamente un desconocido para Liam Montbar, quien estudióle detenidamente. El que le había arrebatado el mando de los “Mendigos”, era un arrogante hombretón de viril y tosca humanidad vulgar.

La diestra de Liam Montbar descendió hacia la culata de su pistola. Pero sus ojos sólo miraban a la bella que, recostada en el arcaico diván, presentaba una línea de deliciosa feminidad.



...presentaba una línea de delicada feminidad.

Doug MacCary era simplemente un ambicioso, que, valiéndose de su nacionalidad irlandesa había sublevado a los “Mendigos” irlandeses. Debía morir ahorcado por el propio Montbar ante todos los “Mendigos” reunidos...

Pero ella era la mayor culpable, puesto que sin su cooperación, Doug MacCarey, nunca habría podido mandar en la comarca del páramo.

Alzó Montbar el cañón de su pistola, tomando por blanco a la

“Dama de Clisson”, pero sus sentidos, siempre agudizados en constante alerta, percibieron el roce de unos pasos cautelosos que se aproximaban a sus espaldas.

Cambióse la pistola de mano, asiéndola por el cañón, mientras con la diestra desenvainaba su daga. Adhirió aún más sus anchas espaldas al muro del entrante, tendiendo el oído hacia donde provenían los pasos que se acercaban.

Los “Mendigos” eran hombres avezados a andar silenciosamente y en su caminar adoptaban precauciones de fieras al acecho. El mendigo que ahora quedó sombreando el espacio donde antes estaba Liam Montbar semejaba al pronto un monstruoso enano.

Pero Liam Montbar fué quien les había adiestrado y para él aquel monstruoso enano, era tan sólo un hombre normal avanzando con las piernas acuclilladas y el busto doblado hacia delante.

Montbar tuvo en la noche la rápida acometividad de un tigre seguro de su ventaja. Su diestra descargó un tajo lateral que segó la carótida del “Mendigo”, mientras su zurda abatía con reciedumbre la culata de la pesada pistola contra la sien opuesta a la herida por la daga.

El ataque del corsario irlandés fué efectuado tan perfectamente, que los dos golpes mortales precedieron en una fracción de segundo al intento del agazapado “Mendigo” por defenderse.

Con la misma mano con la que había asestado puñalada feroz, Liam Montbar asió de los cabellos al centinela de MacCarey. Evitaba con ello la caída brusca del cuerpo, y lo dejó resbalar sin ruido en el suelo.

Los dos golpes y la precaución final, eran también lecciones históricas de Arystottle Toffle, que Liam Montbar había ejercitado largo tiempo hasta adquirir en ello una destreza inimitable.

De nuevo pegóse a la pared, porque por el lado opuesto a donde había venido el primer centinela oíase ahora el susurro de un deslizar de pies desnudos.

Tan sólo los oídos y ojos ejercitados de Liam Montbar, acostumbrados a una continua alerta en la noche, pudieron percibir la segunda silueta que en forma idéntica a la de su compañero, avanzaba hacia el rincón en el que abríase la ventana que dejaba ver el interior de la sala, donde tras los cristales seguían cenando amorosamente la pareja.

Liam Montbar quedóse inmóvil conteniendo la respiración y entrecerrando los párpados dirigió su atención a la larga pértiga que el recién llegado centinela mantenía horizontal explorando con ella el aire por delante suyo.

El triple garfio de agudos filos pasó rozando la cabellera de Montbar, que había doblado ligeramente las rodillas con serena precisión. El remate de la pértiga siguió explorando la obscuridad hasta llegar a la zona más visible de penumbra, que formaba un cuadro rectangular diseñado por la refracción de las velas del cenador.

La pértiga rozó el cadáver tendido del primer "Mendigo". Seguía encorvado el segundo centinela, y el elástico salto de Liam Montbar fué simultáneo con el doble golpe de su pistola y su daga.

La pértiga cayó de manos del agredido, rebotando secamente en el empedrado.

—¡Clan Carey! —gritó a lo lejos una voz.

—¡Clan Carey! —repitió otra a espaldas de Liam Montbar.

El viento en el páramo aumentó los ecos de la contraseña de alarma de los "Mendigos del Mar". Oyéronse pasos apresurados, y el propio Doug MacCarey abandonó precipitadamente el cenador.

Liam Montbar recogió la pértiga, empuñándola con la zurda. Pero no la mantenía con los garfios hacia delante, sino que, ilógicamente al parecer, dirigía al frente el remate de madera.

Hacia el lugar donde estaba acudían varias sombras encorvadas, pero presurosas. Y entonces Liam Montbar puso en práctica otra lección histórica de Arystottle Toffle.

Su cuerpo elevóse como por milagrosa brujería en el aire, describiendo una parábola amplísima. Empleaba la pértiga a modo de garrocha, sirviéndose de ella para huir a largos saltos.

Y en la negra noche el páramo vióse habitado de pronto por extraños seres que dibujaban fantásticas y silenciosas curvas altísimas.

Los "Mendigos del Mar" perseguían al intruso. Y un rumor empezó a elevarse entre los perseguidores.

—Liam Montbar-decían las voces.

Porque sólo el ex jefe de los "Mendigos" y a la vez su organizador y maestro en toda clase de perfidias y artimañas podía escapar a aquella velocidad, y sólo él podía con tanta destreza

valerse de la pértiga de ataque como arma de huida.

Liam Montbar, apoyando el remate de madera en el suelo y afianzando vigorosamente los puños alrededor del largo mango, alejóse a grandes saltos y fueron inútiles los pistoletazos que Pat Donegal, el segundo de Doug MacCarey, disparó contra la saltarina y aérea figura que pronto desapareció acantilado abajo.

—¡Clan Carey!

El grito de alarma resonó por espacio de media hora en todo el páramo y la costa, pero Liam Montbar se había esfumado.

Pat Donegal sufrió los airados reproches de un rabioso y frenético Doug MacCarey.

—¡A pistoletazos antes! ¡Lo habéis dejado escapar!

—Orden tuya es no acudir a métodos ruidosos más que en último extremo-rezongó Pat Donegal —. No sabíamos quién era hasta que le vimos emplear la pértiga.

Doug MacCarey miraba con insistencia el lugar del acantilado por donde Liam Montbar había saltado por vez última, semejando hundirse en el mar.

Y olvidó a su temible enemigo, al ver en el agitado mar la blanca mancha de unas velas.

—Olvidad a Montbar —dijo secamente—. Allí se debate con la corriente un velero. ¡Por él!

Todos los “Mendigos”, llevando al frente a Pat Donegal, desparramáronse automáticamente ocupando sus sitios señalados. Una miríada de linternas quedaron encendidas e inmóviles.

Los portadores de palancas y pértigas fueron descendiendo por el acantilado. Empezaba el engaño...

Doug MacCarey sobresaltóse y su mano descendió nerviosamente hacia su pistola, cuando a su lado oyó una suave risa.

La “Dama de Clisson”, blanca aparición fantasmal en su túnica griega, que agitada por el viento la modelaba formando tras ella un vaporoso revuelo, tendió el brazo hacia la ventana del cenador.

—Dos cadáveres hay allí, Doug. ¿Sabes quién es el autor de esas dos muertes?

—Lo sé. Es Liam Montbar. Ha huído.

—¿Lo reconociste?

—Por su modo de emplear la pértiga.

—También yo lo he reconocido por su modo de matar.

Y con sus delicados dedos la “Dama de Clisson” tocóse la sien y el grácil cuello.

—¿Tienes miedo, Jeanne?

—El mismo que tú tienes. Estás pálido como un muerto, Doug... y, sin embargo, aún estás vivo. Vigila, Doug MacCarey... Vigila, porque con Liam Montbar rondando temo que tu reinado sea efímero.

CAPITULO III

En los alrededores de Calais

El viento ululaba vertiginoso arrancando silbidos a través de las olas que zarandeaban el “Aquilón”.

En el castillete de proa, el Pirata Negro aspiraba con deleite el salobre y áspero azote del vendaval. A su lado, Jarnac de Lesperruy cogíase del reborde con ambas manos.

—Brava tormenta —dijo el gascón gritando, para hacerse oír.

—Leve baloteo, Jarnac. Confabulación de la corriente que siempre se desliza por estas latitudes, y del desfiladero de viento que las costas de Francia y las inglesas forman en este canal. Pero para mi “Aquilón” todo eso es pura diversión; fué construido a prueba de huracanes, trombas y tifones.

—¿No pensáis acercaros a alguna de las caletas, en espera de que el día disuelva la bruma?

—De noche no fío de las costas envueltas en bruma.

—Ved, sin embargo, aquella cumbre donde titilan lucecitas. Tiene que ser una aldea de pescadores, y, por tanto, abajo debe de existir una cala protegida, donde abrigar el velero hasta que amanezca.

El Pirata Negro miró hacia el lugar señalado a estribor por Jarnac. Concentró su mirada y, por fin, llevándose las dos manos a la boca como portavoz, emitió un estridente silbido.

“Cien Chirlos”, el lugarteniente, acudió corriendo y alzó el horrendo rostro desde la base del castillete.

—¡Que destoquen las piezas de estribor, guapetón! —gritó el Pirata Negro—. Cinco de ellas, apuntando el brasero de luces de la cumbre y las otras cinco en línea vertical apuntando a la base y rasando al mar.

“Cien Chirlos” partió corriendo hacia estribor. Jarnac de Lesperruy en el colmo del asombro, pestañeó varias veces antes de hablar.

—Pero... ¿estáis loco, hidalgo?... ¿Vais a atacar a un indefenso pueblecito pescador?

—¡Listas! —aulló “Cien Chirlos”, aludiendo a las culebrinas asistidas ya por los artilleros.

—¡Por andanada! —ordenó el Pirata Negro, y su estentórea voz fué amplificada por el ulular del viento—. ¡Fuego!

Las diez piezas vomitaron llamaradas circulares y el estampido de los diez cañonazos resonó huecamente en el acantilado cercano, como si de la cumbre se desprendiera un aluvión de piedras.

Las lucecitas se apagaron como por encanto.

—Curioso, ¿verdad, Jarnac? La aldeíta de inocentes pescadores ha debido de cerrar sus ventanas.

El gascón, congestionado de furor, bramó:

—¿Otra de vuestras bromas, señor Pirata Negro?

—Aquietad el temple, Jarnac. ¡Vela a todo trapo al norte!

—Al ataque traidor añadís la huída. No es digno de vos, señor Lezama.

—La ventolera os ha revuelto el serrín, mi buen Jarnac. Harto sabéis que nunca ataco a traición a quien no me hace objeto de ella, y que nunca huyo si se puede luchar. Los cañonazos que tanto han acalorado vuestra sangre de francés, no eran más que mi cordial saludo a los “Mendigos del Mar”. Confío en que al menos una veintena de esos bribones cobardes habrá quedado panza arriba, destrozados. Si saquean por sorpresa, justo es que se les despanzurre por sorpresa.

—¿Los “Mendigos del Mar”? ¿Cómo podéis saberlo? De noche y en la bruma, nada podéis ver del acantilado.

—Necesitáis lecciones de mar, capitán mosquetero. Hace media hora rebasamos las luces de Calais. Os dije que quería buscar anclaje para el “Aquilón” al norte de Calais, pero en sus alrededores. No íbamos a desembarcar como cualquier honesto lebrel de mar en el propio Calais. Ahora bien; cuando en el mar hay bruma y se navega entre riscos, deben tomarse como referencia para el pilotaje los halos de luz que endoselan el cielo de las ciudades costeras. He ido guiándome por aquel lejano resplandor a

babor, que es la costa inglesa de Dover. Pero mis ojos saben escudriñar en brumas y negruras y os juro que, hace tan sólo escasos minutos, en la cumbre que vos señalásteis no habían luces. ¿Las habían encendido obsequiosos pescadores en mi honor? ¿Vais comprendiendo? Si en Villefranche supimos que ésta era la comarca de los “Mendigos del Mar” fácil era deducir quiénes eran los que encendían sus luces para hacernos encallar.

—¡Voto al cuerno! Sois endiabladamente listo, hidalgo. A mí no se me había ocurrido tal cosa, ni creo que a ningún marino tampoco.

—No olvidéis que si un diablo le prende a una hoguera otro la apaga con el rabo. Si los “Mendigos” saben mucha letra menuda, yo, por pirata, he aprendido más triquiñuelas que pelos luzco en el bigote.

—Bigotillo tenéis, y yo luzco mostacho-dijo Jarnac atusándose el poblado bigote —. Pero no se me ocurre pensar tales trampas.

—Vuestra honestidad os pierde-dijo, riéndose, el Pirata Negro —. ¡Tended contrafoques!... ¡Arriad los lanchones!

—¿Vais por los “Mendigos”? —dijo Jarnac contento.

Estaba deseando ya tocar tierra firme, no sólo por las posibles escaramuzas, sino también porque aquel velero pirata bailaba demasiado para su gusto.

—Mi candidez sería igualable a la vuestra si de nuevo pretendiera sorprender a los “Mendigos”. Ellos no saben si fué fragata real la que les disparó. Ya cambiarán por el momento de lugar, y ahora a nadie encontraríamos por esos parajes. Tendremos que ir a Calais y allí indagar. De momento, dos de mis lanchones buscarán una cala protegida donde mantener al seguro a mi “Aquilón”, y distribuidos mis hombres en tres grupos diseminados alrededor del velero, podremos tranquilamente dirigirnos a Calais.

✲ ✲ ✲

>

Tres individuos de muy dispar aspecto avanzaban de una forma algo anómala por el lluvioso callejón que, partiendo del puerto, conducía a la muralla de la ciudad de Calais.

Los tres eran de buena talla, pero uno descollaba por su monumental corpachón y sus rubios cabellos. Ocupaba el centro del callejón e iba a retaguardia de los otros dos, que andaban por las

dos aceras.

Un manco pelirrojo y elegante atisbaba por las ventanas de todas las casas que se hallaban en la acera derecha, mientras el cobrizo atleta, de andar aplomado, lanzaba ojeadas a todo hueco abierto en el paredón de la acera izquierda.

Por fin, el Pirata Negro alzó la mano, y la comitiva de los tres se detuvo. Carlos Lezama hincóse los pulgares en el cinto y atravesó la obscura puerta por la que acababa de mirar.

Tras él entraron Jarnac de Lesperruy y Diego Lucientes.

La aparición de los tres espadachines en la pequeña sala ocupada por ocho "Mendigos", cortó bruscamente la conversación que entre sí sostenían.

Aparentemente eran míseros desgraciados, cuyas andrajosas ropas revelaban lacras y dolencias, así como miembros retorcidos, torsos encorvados y piernas arqueadas.

Los ocho satélites de Doug MacCarey enmudecieron y uno de ellos, con lastimero quejido, elevó su voz suplicante cuando el silencio se prolongó excesivamente y resultaba ya amenazadora la sonrisa burlona con la que el más avanzado de los tres intrusos contemplaba la pocilga que servía de dormitorio y asilo a los espías de Doug MacCarey.

—¡Caridad, jóvenes señores amables! ¡Un poco de oro para remediar nuestra desgracia!

El Pirata Negro rió en breve carcajada brutal.

—Para remediar definitivamente vuestra desgracia os doy a elegir entre un poco de plomo o un mucho de acero.

Los ocho "Mendigos" se arquearon más, y sus manos desaparecieron bajo sus andrajos hurgando en busca de los mangos de sus puñales.

—Si no queréis socorrer a los pobres, dejadles al menos dormir-dijo el mismo que antes suplicó limosna.

—Os dejaré dormir a todos, cuando me hayáis contestado tan sólo a una pregunta. Busco a Liam Montbar y él me busca. ¿Dónde podemos encontrarnos?

—¿Liam Montbar? —fingió meditar el que respondía por todos —. Debe de ser el corsario irlandés que navega por el Rey de Francia. ¿De qué íbamos a conocer a tal señor? Os burláis de nosotros, caballero.

—Procura no intentar burlarte tú de nosotros, astroso. Contesta concretamente a mi pregunta: ¿dónde está Liam Montbar?

La única linterna que estaba sobre la mesa fué derribada por un repentino manotazo. En la brusca oscuridad ocho gargantas gritaron simultáneamente su contraseña y voz de guerra:

—¡Clan Carey!

El Pirata Negro proyectóse hacia delante levantando en vilo la mesa y cubriéndose con ella. En la madera restallaron las hojas de los puñales.

Originóse una mescolanza de cuerpos agitándose en las sombras y tratando de abrirse paso hacia la puerta. La mesa, esgrimida por el Pirata Negro, chocaba con ruidosos crujidos contra los cráneos de los asaltantes.

Jarnac de Lesperruy, blandiendo en cada mano un escabel, volteaba los brazos como dos aspas de molino.

Diego Lucientes, espada en mano, aguardaba en la puerta el momento de intervenir, pero tuvo que envainar su espada sin emplearla.

Un absoluto silencio reinaba en la pequeña y hedionda sala. El Pirata Negro recogió del suelo la linterna y encendióla.

A su luz fueron visibles ocho cuerpos amontonados en posturas inverosímiles de muñecos rotos.

—Les prometiste plomo o acero, capitán Lezama-sonrió Lucientes —, y les has dado hartura de madera. Pero, ¡adiós los informes. Del “clan” ya quedan ahora ocho charlatanes menos y ocho mudos más.

Jarnac de Lesperruy insinuó una cohibida defensa.

—Lo siento, hidalgo. No creí que esos escabeles fueran de madera tan sólida.

—Hacían juego con la mesa, Jarnac. Pero no os apuréis. La culpa no ha sido de los leños, sino de que esos asesinos no tenían los huesos lo suficientemente duros.

Y mientras hablaba, el Pirata Negro iba dando vuelta con la puntera de su bota a los cuerpos exánimes.

—Siete cráneos reducidos a pulpa-dijo, terminando su examen y quedando frente al último de los “Mendigos” —, amén de cofres deshuesados. Pero queda uno que no puede hacer mentir el refrán que asegura que el que respira, aún no está muerto.

—¿Pensáis aguardar a que recobre el sentido para interrogarle?

—No, Jarnac. Eso sería elefantino y propio de vuestro mostacho. Salgamos a olfatear mejor aire que el de esta podredumbre.

El Pirata Negro eligió en el callejón el umbral de una puerta que quedaba totalmente a obscuras y desde la que percibíase la entrada que conducía a la guarida de los “Mendigos”.

El relente de la noche hizo embozarse en su capa a Diego Lucientes, mientras Jarnac, al otro lado del Pirata Negro, le preguntaba en voz baja:

—¿Qué aguardamos aquí, hidalgo?

—Cuando el chacal al despertar se encuentra junto a otros siete chacales muertos, no tiene más que una obsesión: Correr hacia Rey Chacal. Bastará seguirle.

Jarnac atusóse las enhiestas guías de su mostacho. Rebosaba de admiración.

—Sois un talento genial. Eso os envidio, hidalgo. Lo fácilmente que prevenís las artimañas y lo cómodamente que las urdís.

—Noche sombría sin luna, ¿do estás, amada mía?, que diría el lunático-empezó a hablar Lucientes —. Tenemos trazas de galanes pacientes o conspiradores. ¿Con quién es la cita?

—Con la novia que te reservo, estudiante-dijo incisivamente el Pirata Negro.

—No olvides que soy casado, capitán Lezama, y, por tanto, no puedo admirar a mujeres ni desear novia.

—Es la mujer de todos, la mujer con la que, más tarde o temprano, nos hemos de casar.

—¡Triple a sencillo! Hablas de la Muerte, capitán Lezama. ¿Y dónde está tan bella señora?

—Aguarda unos instantes, querubín, y torpe seré en mi profecía, si por aquella puerta no aparece su emisario. El malherido asesino, que nos conducirá al dominio del clan Carey, el rival de Montbar.

—“Clan”, según los etnólogos, que son los curiosones que estudian las razas y los pueblos en todas sus relaciones, significa tribu o familia. Pero eso era apelativo escocés.

—Culto es el mozo-admiró Jarnac.

—Cierto, pero no tanto como yo-rebatió burlón el Pirata Negro —. Tengo la cultura del que anduvo por la naranja del mundo. La palabra “clan”, bachiller, la adoptan también los irlandeses para

designar con ella la agrupación que, por ideología de raza y religión, acepta un jefe, y en este caso los “Mendigos” han adoptado como jefe al tal Carey. Y punto en boca, que ahí asoma el chacal malherido.

En la entrada dibujábase la silueta borrosa de un vacilante individuo, que a primera vista parecía un discípulo ferviente de Baco.

El “Mendigo” miró cautelosamente a su alrededor, y viendo el callejón libre de la presencia de los tres energúmenos que habían dado muerte a sus compañeros, empezó a andar titubeante, apoyándose en la pared.

CAPÍTULO IV

La "Dama de Clisson"

El “Mendigo” se arrastraba hacía el páramo por un prodigio de férrea voluntad agonizante. Sus piernas flaqueaban cada vez más; su andar era lento y describía “eses” con la cabeza gacha.

A trechos caía de rodillas y, con esfuerzo sobrehumano, volvía a erguirse para continuar en su penosa caminata.

Pugnaba la aurora por ahuyentar las tinieblas de la noche, cuando el “Mendigo” abandonó la costa para entrar en el páramo, por el sendero que conducía rectamente a la mansión de la “Dama de Clisson”.

En su entorpecido cerebro existía una idea dominante. Tenía que advertir a Doug MacCarey, y éste estaría seguramente, como siempre, en la “Mansión del Páramo”.

Eran grises de amanecer los que nimbaban la casa única de aquel vasto rincón del páramo, cuando el mal herido “Mendigo” dió un traspiés, intentó enderezarse y fué estéril su lucha.

Quedó tendido de bruces, y la mano que el Pirata Negro aplicó en su sien no halló latido alguno.

—Falló el chacal sin ultimar su viaje en provecho común. Nos deja en medio de una llanura de raquíticos arbolitos llorones. ¡Tate! ¿Vuelan arcángeles?

Los tres amigos hallábanse junto al cadáver tras un grupo de árboles de rala hoja y esquelético tronco. Oyeron los melódicos acordes de un instrumento de cuerda.

—Arpa es-afirmó Diego Lucientes —. Infinita melancolía de una música solitaria en un amanecer indiferente.

—Procede de aquella casucha abandonada-aclaró más prácticamente el mosquetero.

—Esta inesperada lluvia sentimental ha excitado mis fibras sensibles-dijo el Pirata Negro —. Iré a ver si averiguo algo del matutino tocador. Elogiaré los místicos placeres de la música, y a un hombre solo se le responde mejor que a tres preguntones. Aguardad aquí señores.

Jarnac y Lucientes sentáronse adosados a un tronco, mientras alejábase el Pirata Negro en dirección a la “Mansión del Páramo”.

Cerca ya de los blancos muros, detúvose admirado. En la visible azotea, una bella figura, revestida de túnica griega, pulsaba con lánguidos ademanes las cuerdas de un arpa.

Jeanne de Belleville mantenía erguida la linda cabecita; peinada a usanza griega con tirante aladares rematados en grueso moño.

El Pirata Negro examinó los alrededores, y con su habitual despreocupación se acercó al muro, comprobando la solidez de las enredaderas que por él trepaban.

Jeanne de Belleville interrumpió su favorita distracción cuando vió ante ella al atezado y sonriente desconocido que inclinándose con respetuosa galantería, acababa de saltar ágilmente a la balaustrada de la azotea.

—¿Afrodita o Diana? Sólo en Grecia y en otra vida pasada pude oír tan divina música cuando Apolo alboreaba.

La “Dama de Clisson” quedóse estática, manteniendo las delicadas manos transparentes contra el rojo marco del arpa.

—¿Quién sois y con qué derecho invadís una morada ajena?

—La desilusión acecha siempre en mi vida, señora. Os creí rediviva diosa mitológica, y sois diosa mortal. ¿Quién soy? Un amante del Arte y un enamorado de la belleza; por eso estoy aquí.

—¿Qué hacéis en el páramo y quién os autorizó a entrar?

—Vagaba errabundo y llamé a la puerta, pero nadie replicó. Sin duda, ensimismada en vuestro arte, no me oiríais, señora. ¿Sonreís? Ha amanecido ya del todo ante la gloria que son las perlas luciendo entre el rubí.

—Invadir mi casa para requebrarme es acción osada, caballero. ¿No os habéis preguntado qué haríais si mi marido apareciera a pediros cuenta?

—Estaría de acuerdo conmigo en que hice bien, y no podría reprocharme mi atracción hacia el arte.

—Por suerte para vos, soy viuda.

—Lamentable e irreparable desgracia para él. ¿Os recomendó antes de morir las tocatas de arpa como consuelo?

Jeanne de Belleville arqueó las cejas con digno ademán de enfado. Si la osadía del desconocido le complacía íntimamente, exteriormente trató de representar lo mejor posible su papel de viuda burguesa.

—Mi marido fué marino del Rey, caballero. Y si algo deploro es que no pueda pediros cuentas de vuestra desfachatez.

—Queden para siempre mudos mis labios, señora, si en ellos hay la menor intención que no honre y respete vuestra musical viudedad. Tan sólo admito la incorrección de mi entrada, pero la puerta no se abrió a mis continuas llamadas.

—Extraño es, porque tengo muchos servidores. Pero dando por buenas vuestras excusas, ¿podéis decirme cuál es el motivo de vuestra indeseable visita?

—¿Lleváis largo tiempo residiendo aquí, señora?

—Años. Y nunca osó nadie turbar mi quietud si un motivo justificado no le impulsaba a ello.

—Tengo motivos muy justificados, señora. Aparte de mi sensible predisposición por la música, cuando es hermosa quien la prodiga, existe una razón que me ha traído a este páramo.

—Por vuestra tez bronceada, ¿sois, acaso, corsario del Rey?

—Soy marino español en reposo. Y buscando a un amigo mío en Calais, me dijeron que acaso por esta comarca lo hallase. Empiezo a creer que hice ruta falsa, ¿o acaso sería mi amigo vuestro esposo?

—¿Qué tiempo hace que no habéis visto a vuestro amigo?

—Escasamente días.

—Mi marido murió hace muchos años.

—Pocos serán, ya que no creo que las leyes francesas permitan el matrimonio de una niña cuya nodriza le sirva de madrina.

—¡Sabed, señor, que tengo... veinticuatro años!

—Afirmaría que añadís siete para infundir respetuosa seriedad a vuestra arpa. Volviendo al motivo de mi visita, es indudable que si lleváis mucho tiempo en esa comarca habréis oído hablar de mi amigo.

—Paso temporadas en esta casa que fué de mi marido. ¿Cómo se llama vuestro amigo?

—Es irlandés de cuna francesa, y le conocen por Liam Montbar.

El arpa arpegió con discordancias al chocar contra el suelo. Carlos Lezama la recogió y, al apoyarla contra la balaustrada, rasgueó las cuerdas con el revés de las uñas.

—¿Os emocionó el nombre que he citado, señora?

—Tiene... tiene mala fama por estas costas. Es un corsario del Rey, ex pirata... y enemigo de mi hermano Doug.

—Los enemigos de mis amigos no han de ser necesariamente mis enemigos también. Quizá vuestro hermano podrá darme noticias de Liam Montbar.

—Doug partió antes del amanecer, pero quizá pueda informaros alguno de mis servidores.

Jeanne de Belleville dirigióse hacia la escalera y al comprobar que allí estaban agazapados sus guardianes, gritó, señalando al Pirata Negro:

—¡Apresadle! ¡Es un espía!

Seis mal encarados rufianes de robustas complexiones avanzaron, espada y puñal en mano hacia Carlos Lezama, quien se adosó al otro lado de la azotea, desenvainando su espada y arrollando alrededor de su brazo izquierdo los vuelos de su capa negra.

—¡Tate con la viudita! —murmuró zumbón—. Nada tienen de artísticos sus dogos.

Paró la primera acometida con un largo molinete, ayudado por el ondeo de su capa, y esgrimiendo con rápida precisión asestó dos certeras estocadas que atravesaron sendos brazos.

—¡Sus y a él, que es un espía! —gritaba Jeanne de Belleville.

—¿Espía de qué, señora viuda? —replicó el Pirata Negro sin mirarla, atento la erizada valla de aceros que le acosaba en semicírculo—. Vine a oíros tocar el arpa y no a perforar pellejos de matachines. ¡Uno menos! —y su espada atravesó un antebrazo—. Recomendadles una prudente retirada, señora, o me temo que os quedaréis con todos vuestros servidores mancos.

—¡Pocos quedan para nosotros! —bramó Jarnac, apareciendo por la escalera, seguido de Diego Lucientes—. ¡Volad, pichones, que tengo hambre!

Los tres indemnes adversarios del acorralado Lezama imitaron a los heridos. Al ver las amenazadoras espadas de los que acudían en refuerzo del atacado, corrieron hacia la balaustrada y

desaparecieron muro abajo.

Vióseles correr a través del páramo, camino de la costa del acantilado. Carlos Lezama envainó, aproximándose a Jeanne de Belleville, que cruzó las manos a la altura del pecho en patética actitud.

—Excusadme, señor. No sabía que érais mosquetero del Rey, y al preguntarme por Liam Montbar os tomé por espía suyo.

—Rechazo por igual la acusación de espía y la de mosquetero, señora. Capitán mosquetero lo es tan sólo mi amigo Jarnac de Lesperruy, bravo caballero gascón que se honra al saludaros. El otro caballero es Diego Lucientes, español como yo.

Jeanne de Belleville respondió dignamente al doble saludo.

—Debéis perdonarme, caballeros, si en mi confusión di orden a mis servidores de atacar a quien no conocía y a quien vino preguntándome por el odioso Montbar. Esos parajes son peligrosísimos, y conservé junto con la casa la servidumbre de mi difunto marido. Son marinos también.

—Y regulares esgrimidores, señora. ¿Puedo pediros las razones por las que parecéis odiar al irlandés?

—Hace años pretendió... no sé cómo decirlo... —y un encantador rubor cubrió las mejillas de la bella—. Intentó... forzarme a concederle mis favores. Mis servidores lograron hacer huir al malvado Montbar, y vivo aún temerosa de él, porque dicen que ha sido visto por los alrededores.

Diego Lucientes oteaba el desolado llano y, de pronto, chasqueó los dedos de su diestra.

—Ahí viene una mascarada saltarina. Traen divertidos palillos.

Todos miraron hacia donde estaba vuelto el madrileño. Una veintena de "Mendigos", enarbolando largas pértigas engarbadas, cruzaban el espacio trazando en el aire graciosas parábolas ágiles.

—¿Es otro ejercicio de viudos inconsolables, señora? —inquirió, irónico el Pirata Negro.

—¡Clan Montbar! —resonó en el páramo la voz de los garrochistas.

—¡Defendedme, caballeros! ¡Montbar manda a esos hombres para que se apoderen de mí!

El pánico de la "Dama de Clisson" era sincero. Señaló precipitadamente la planta baja del edificio.

—¡Tengo armas de fuego en el sótano! ¡Por favor!

—Acompaña a la señora, Diego Lucientes. Y vos, Jarnac, cuidad de las puertas y ventanas de abajo, mientras atiendo al vuelo de esos milanos.

A solas en la azotea, Lezama apoyó la diestra en la culata de su pistola de doble cebo, mientras contemplaba las evoluciones de los que invocaban como grito de guerra el nombre de Montbar.

Dando su último salto, los primeros que habían llegado avanzaron pie a tierra abriéndose en círculo hacia la mansión. Empuñaban ahora las largas pértigas con el remate de garfios dirigido hacia adelante.

Uno de los garrochistas describió un nuevo salto y su arco en el aire terminó en la azotea. Quedó exánime con la mandíbula rota por el rodillazo con que Carlos Lezama le recibió.

De la planta baja partieron varios disparos. Tendidos en el suelo, los atacantes abrieron fuego, soltando sus pértigas.

Dos nuevos garrochistas se alzaron en el aire simultáneamente y, cabalgando simiescamente la madera, dirigieron el triple garfio hacia el defensor inesperado, que en la azotea lanzó una carcajada burlona.

Ladeando el cuerpo, el Pirata Negro ensartó en su espada al primer garrochista. Tiróse al suelo y los garfios, asestados traidoramente por el segundo saltarín, pasaron silbando por encima de su cabeza.

Sonó un pistoletazo y abriendo los brazos desplomóse hacia atrás el garrochista.

La “Dama de Clisson” acababa de disparar, mientras acudía hacia el Pirata Negro portando en el regazo de su falda levantada varias pistolas amartilladas.

—Tomad, caballero. Las podéis necesitar, aunque, por la forma de combatir de vuestros amigos, creo que Liam Montbar hubiese debido venir personalmente.

Decidiéndose al asalto, los irlandeses corrieron a una hacia la casa. Varios de ellos treparon por la enredadera. La “Dama de Clisson”, con precisión, disparaba certeramente. La espada del Pirata Negro barría a los que intentaban encaramarse a la balaustrada.

Desde abajo oíase el vozarrón de Jarnac lanzando sus habituales

fanfarronadas y pidiendo más “alfeñiques brincadores”.

Cuando el Pirata Negro vió correr a la desbandada por el páramo a dos de los asaltantes y cesar el ruido de los pistoletazos, envainó su espada y miró con curiosidad a la “Dama de Clisson”.

—Mucho interés tiene Liam Montbar en apoderarse de vos, señora. Aunque comprenda sus motivos, ¿puedo felicitar a vuestro difunto?

—¿Por...?

—Porque además de cantaros las excelencias del arpa, supo también inculcaros la utilidad de tirar al blanco.

Por la escalera subían Jarnac y Lucientes. Éste golpeaba amistosamente el amplísimo hombro del bravo gascón.

—Cayeron como brevas maduras, Jarnac. Te sobraba razón y voz. Para nosotros eran pocos.

En las cercanías de la casa yacían las pértigas abandonadas, junto a los cadáveres de los que poco antes habíanlas manejado tan expertamente. Algunos de los cuerpos estaban retorcidos en posturas inverosímiles.

—Los que están dándose con las narices en las rodillas fueron atrevidos malandrines que quisieron entrar por la ventana donde estaba Jarnac-explicó Lucientes —. Y nuestro gascón quiso comprobar si lanzándolos por los aires recogían sus pértigas.

La “Dama de Clisson” sonrió con encantadora modestia juvenil.

—Os doy las gracias de todo corazón, señores. Me habéis salvado y me emociona gratamente comprobar que no pude hallar mejores defensores ni tan bravos caballeros. ¿Vinisteis en misión del Rey, señor capitán?

Jarnac de Lesperruy atusóse con garbo su enhiesto mostacho.

—Es meramente particular mi visita, señora. Estoy en reposo.

Declinaron los tres amigos la amable invitación de Jeanne de Belleville para desayunar, cuando diez mal encarados individuos llegaron al salón de la planta baja.

—Mis servidores —dijo ella-saben ya que mi casa os pertenece, señores. Y hallaréis la mejor de las acogidas porque le diré a Doug, mi hermano, que habéis luchado en defensa de mi vida contra los criminales de Liam Montbar.

Camino del acantilado, Jarnac de Lesperruy dió su opinión.

—Ha empezado bien nuestra mañana, hidalgo. Pero seguimos

sin ver a Carey ni a Montbar.

—Pronto los veremos, Jarnac. Bastará con rondar a esa mentirosilla.

—¿Mentirosilla? —reprochó escandalizado Jarnac—. Parecióme veraz y honesta, aunque su atuendo fuera algo... ligero. Pero-añadió, presuroso-era cosa lógica en dama que no esperaba visitas.

—El cielo recompensará vuestra enternecedora inocencia, Jarnac —dijo afectuosamente el Pirata Negro—. Esa mujer miente más que habla. Sus servidores son un hatajo de hediondos bellacos, y para ser dama arpística demuestra escasa sensibilidad ante la muerte. Y dispara como el mejor de mis piratas.

—Caballeroso como sois, hidalgo, me molesta veros tan suspicaz. ¿No veis que esa doncella respira candor? ¿No comprendéis que en sus azules ojos sólo hay pureza?

—Jarnac, tú a tus volteos humanos; y déjame a mí el divagar por la zona poética. Si el capitán Lezama habla así de una mujer, será porque tendrá sólidas razones para hacerlo.

—Exacto, estudiante. Quien murmure a espaldas de mujer sin estar dispuesto a repetir ante ella las verdades que diga, es poco digno de merecer el calificativo de hombre. No es sólo por instinto por lo que hablo así, Jarnac. Es porque hay razones que saltan a la vista de un tuerto. ¿Qué hace esa viudita en una casa donde todo son hombres de rostro canallesco? ¿Por qué eligió esa morada tan cercana a los dominios de “Los Mendigos del Mar”? ¿Quién es ese hermano que invoca, llamado Doug, nombre propiamente irlandés? Pronto sabremos quién es esa bella arpista.

—Mientras lo averiguáis, ¿volvemos a Calais? Lo digo porque por aquí me parece que nos divertiríamos con esos saltarines.

—Rondaremos las cercanías, Jarnac. Quiero oír de nuevo el grito: “¡Clan Montbar!”..., y la próxima vez tratad de dejar alguno en vida, señores. Que pueda llevarnos hacia el irlandés... nuestro buen amigo de Villefranche.

CAPITULO V

Montbar reorganiza sus huestes

Jean Loup, el jefe corsario que en Villefranche[1] había dejado para custodiar a Jarnac y Lucientes por orden de Montbar, andaba desazonado por las calles de Calais.

No sólo debía comunicar a Liam Montbar la fuga de los presos y el hundimiento de los barcos corsarios, sino que forzosamente debía revelar que conocía la secreta identidad del jefe de los “Mendigos”.

Y si huía al mar, Montbar le perseguiría tarde o temprano con su implacable venganza. Por eso habíase decidido, aunque no sin grandes vacilaciones, a salir al encuentro de Liam Montbar.

Recorrió todos los lugares por donde anidaban los mendicantes y tullidos, y su ropaje de jefe corsario hacíale ser bien recibido en todas partes. Nadie conocía a Liam Montbar... Irlandeses, sí, había muchos, en su mayor parte mendigos, y de tiempo en tiempo dos irlandeses distinguidos recorrían las calles de Calais.

¿Quiénes eran? Llamábanse Doug MacCarey y Pat Donegal, y tenían traza de ricoshombres.

Cuando a la salida de un infecto tugurio (donde de nuevo había comprobado Jean Loup que la mención del nombre de Montbar parecía producir un cierto desasosiego) el jefe corsario sintió una presión férrea en su hombro, estremecióse involuntariamente.

Había llegado el momento temido de enfrentarse con el incongruente irlandés de reacciones insospechadas.

—¿Qué haces tan lejos de Villefranche, Loup? —inquirió Liam Montbar, en la obscuridad de la calleja.

Su voz era suave, amable. Y sus ojos de un verde violeta, grandes y soñadores, contemplaban sonrientes a Jean Loup. El francés sintió acrecentarse su íntimo terror.

—Contéstame, por favor, Loup. ¿Qué se te perdió en Calais?

—Tengo que comunicarte graves noticias. Trágicos sucesos me obligaron a venir aquí en tu busca.

—¿Cómo sabías que yo estaba aquí? —y la voz del irlandés era más suave que nunca, pero en la penumbra sus ojos refulgían como dos gemas malsanas.

—Siempre te he sido fiel, Montbar. Juntos fuimos piratas; juntos conseguimos ser corsarios del Rey. Donde luches, yo estoy a tu lado. Ten confianza en mí y…

—Tus respuestas son femeninas y evades la cuestión. ¿Cómo supiste que yo estaba aquí? No creo habértelo dicho al partir.

—O'Connor… no murió inmediatamente… y en su agonía habló.

—Y tú acercaste el oído cuanto pudiste. Conserva tus manos quietas, Loup. Y sigue hablando. ¿Qué dijo O'Connor antes de morir?

—Mencionó a un MacCarey, citó Calais y repitió las palabras: "Mendigos del Mar". Cuando abandonaste tan precipitadamente Villefranche me pareció comprender que te urgía resolver algo importante. Y como antes y como siempre, a tu lado estoy. Mataste a mi mujer, y lo consideré acto justiciero. Matarme a mí, sería acto impropio de tu inteligencia, Montbar. En tu lucha contra los traidores, será para ti de mucha ayuda el contar con mi inquebrantable fidelidad.

—Jarnac de Lesperruy y el pelirrojo escaparon.

—No importa. Así el Rey no podrá reprocharme sus muertes.

—El Pirata Negro hundió nuestros barcos.

Jean Loup preparóse a todo por unos instantes, ante el rictus de feroz salvajismo que desfiguró el hermoso rostro del irlandés. Recuperándose, Liam Montbar pasóse la mano por la boca.

—Tarde o temprano encontraré en el mar al Pirata Negro. Y por espacio de un mes será torturado hasta convertirlo en un pingajo humano. Esta será mi próxima misión, Loup. Por el instante, tengo que solventar algo más importante. ¿Sabes a dónde fué el Pirata Negro?



- -*El Pirata Negro hundió nuestros barcos.*

—Se hizo a la mar. Regresaría seguramente al Caribe.

—Ya lo encontraré, aunque tenga que navegar años y años en su busca. Escucha, Loup; ya puedo hablarte con claridad. Yo imperaba en esta costa sobre los "Mendigos" desde hace diez años; me ayudaban dos seres ingeniosos. Arystottle Toffle, un doveriano, que ha muerto asesinado por orden de MacCarey. Y ese MacCarey logró sublevar a mis "Mendigos" con la complicidad de mi segunda persona de confianza. Una mujer: Jeanne de Belleville. He ido ya logrando que muchos de mis antiguos hombres vuelvan a reconocerme como jefe único. Cuando haya destrozado a MacCarey y a Jeanne, todos los "Mendigos" volverán a ser "clan" Montbar. Vamos ahora a la gruta del acantilado. Allí están congregados mis fieles y hemos de preparar el combate final.

—Serás mi segundo en esta labor de limpieza. Supongo que en la gruta tendré el honor de darte a conocer a Jeanne de Belleville. Es guapa e inteligente. Su fallo fué enamorarse de MacCarey, como hace años se enamoró de mí. He enviado a que se apoderen de ella.
Apartando la maleza que ocultaba el acceso a una de las múltiples grietas de la masa rocosa, Liam Montbar dirigióse hacia la entrada de la gruta, donde estaban reunidos los que de nuevo, ante su presencia magnética, le proclamaban jefe exclusivo de los "Mendigos".

Una sombra tambaleante acercóse a él.

—¿Qué hay, Cork? —interrogó Liam Montbar—. ¿Habéis ya destruido la "Mansión del Páramo"? La "Dama de Clisson" ¿siente frío en la gruta?

—Tres diablos defendieron la casa, Montbar. Mataron a dieciocho de mis hombres, y sólo Flannigan y yo logramos escapar con vida. Flannigan ha muerto hace unos instantes.

—En pocos te precedió.

Y a la vez que hablaba, Liam Montbar disparó, abatiendo al mensajero. Entró en la gruta, oblonga en su principio, y que, ensanchándose al final, rebosaba de andrajosos y macilentos individuos fantasmales a la rojiza claridad de las linternas.

Liam Montbar, erguida su alta y hercúlea figura, paseó lentamente la mirada por los "Mendigos" silenciosos.

—Acabo de castigar a Cork porque, enviado con su escuadra a la captura de la traidora Clisson, regresó para anunciarme su fracaso y la muerte de todos sus hombres. Yo mismo iré en busca de ella. Y de ahora en adelante, sabed que ese hombre que me acompaña es Jean Loup, mi segundo, y vuestro jefe en mi ausencia.

Liam Montbar abandonó la gruta, y cuando divisó la "Mansión del Páramo" avanzó sigilosamente hasta lograr pegarse a las raíces de las sólidas enredaderas...

* * *

>

Jeanne de Belleville cenaba sola, aguardando la llegada de Doug MacCarey, que había partido desde el amanecer para diseminar a la mayoría de sus hombres en busca y captura de Liam Montbar.

Y el páramo y la zona costera rebosaban de falsos tullidos, cuyos miembros, acostumbrados a retorcerse, adquirían en la lucha una

elasticidad y fortaleza extraordinarias.

Doug MacCarey había llegado a la conclusión de que no era atrincherándose en la “Mansión del Páramo” como conseguiría vencer a Montbar.

Muy al contrario; con esta actitud negativa, habíale dicho a la “Dama de Clisson”, sólo conseguirían el desastroso efecto de que Montbar tuviera tiempo a captarse la voluntad de sus antiguas huestes.

Lo que urgía era, pues, perseguir sin tregua y acosar a Liam Montbar, para lo que debían reunirse todos los adictos al “clan” Carey. Y a la objeción de Jeanne de Belleville, que manifestó que era imprudente, a su parecer, dejar la mansión sin vigilancia, replicó Carey que tendida, como iba a tender, la tela de araña alrededor de la mansión para capturar a Montbar si se atrevía de nuevo a acercarse, ningún peligro ni ninguna posibilidad había de que Montbar llegase tan siquiera a una legua de distancia de la casa, sin ser apresado.

Y Jeanne de Belleville, confiada, aguardaba el pronto regreso de Doug MacCarey anunciándole la muerte de Liam Montbar y con ello la desaparición de su sorda inquietud.

Sólo sus ojos demostraron el infinito pavor que repentinamente se adueñó de ella cuando, como dos serpientes viscosas, la peculiar trenza doble de los “Mendigos” se enroscó alrededor de sus brazos y pecho, sujetándola inmóvil contra el respaldo del sillón en que estaba sentada.

Únicamente Liam Montbar podía emplear el lazo de los “Mendigos” con aquella celeridad pasmosa...

Dominado el primer reflejo de terror que había paralizado sus cuerdas vocales, quiso gritar en petición de auxilio, pero ya Liam Montbar estaba frente a ella, amordazándola con su propia servilleta.

El hermoso irlandés sonreía amablemente y sus ojos eran más ensoñadores que nunca, mientras, en tardía acción, la “Dama de Clisson” se debatía inútilmente.

—No debes esforzarte, Jeanne. Tan seguro como no he de usar mi pistola para terminar con tu mísera y pérfida existencia porque atraería a tu amante y sus secuaces, es también indiscutible que ha llegado tu último suspiro, que no será precisamente de placer.

Consideré imposible que cometieras la torpeza de traicionarme, y, sin embargo, debí recordar tu sensible corazón, que se enamora perdidamente cuando aparece un apuesto bribón. Cuando te vi por vez primera en Calais, recuerdo que el viejo Tottle te causaba mucha gracia y que yo merecí la lánguida promesa de tus aniñados ojos. Doug MacCarey, un torpe advenedizo, ha sabido excitar tus fibras sensibles en mi ausencia... y me has traicionado.

Las dos manos de Liam Montbar abofetearon el rostro de la “Dama de Clisson”, cuya frágil cabecita se ladeó de un costado a otro bajo los brutales manotazos, que colorearon intensamente sus mejillas.

—Tus ojos matan ahora, Jeanne, y tienen también la expresión del perro temeroso y apaleado-siguió diciendo con blanda entonación el irlandés —. Lo que me causa pena es mi estupidez al confiar en ti. Y tanto tú como Doug MacCarey me inspiráis lástima. Él es un inepto, que se figura que tendiendo sus hombres en círculos concéntricos va a impedirme pasar. Y tú eres más inepta aún, no sólo por haberme substituído por tan incapaz sujeto, sino porque te quedaste aquí, temerosa y acurrucada, en vez de seguir a los “Mendigos”, que aún continúan con Carey. Para cualquier otro hombre, el acceso hasta aquí habría sido imposible. Pero en mis lides de pirata he aprendido a andar como andan los reptiles, y ahora obtengo mi primer premio. Cuando te haya matado, Jeanne, te seguirá tu incapaz Doug, y otra vez volverán los “Mendigos” a acatarme como a único jefe.

Liam Montbar acarició unos instantes la cabeza de la aterrorizada mujer.

—Te quise, Jeanne. Eras refinada y placentera. Encendiste fuego en mi pecho. ¿Fuego? —y el irlandés acariciose ahora los labios—. Eso es. Mi puñal se envenenaría con tu sangre, y, como te dije antes, un pistoletazo atraería a los imbéciles que creen me cogerán. Prenderé fuego en tu linda túnica, Jeanne; cuando empieces a arder, esperaré tan sólo a ver las llamas en que se convertirá tu rubia y esponjosa, cabellera, y tú misma incendiarás esa casucha donde me juraste un amor que yo no quería más que como base de tu alianza.

Todo el cuerpo de Jeanne de Belleville estaba tenso, agarrotado, y sus ojos dilatados miraban con odio y temor a su antiguo amante.

Liam Montbar inclinóse para recoger del suelo un afelpado tapiz de blanca contextura lanuda.

—Bajo tus pies, mi bella Jeanne. ¿Te figuras lo bonita que estarás aureolada por las llamas? Te recordaré siempre como el más hermoso de los cuadros: tu delicada figura, que parece de cera, ardiendo, fundiéndose, retorciéndose...

Un ahogado lamento percibióse bajo la mordaza. Liam Montbar arqueó las cejas interrogante.

—¿No te gusta mi anticipo de los infiernos? ¿No?

—No; no me gusta.

La voz burlona e inesperada hizo caer de las manos de Liam Montbar el tapiz que sujetaban, y una densa palidez cubrió los rasgos del irlandés, que volvióse lentamente, crispadas las manos y con un rictus de inhumana ferocidad en el semblante.

El Pirata Negro, con los brazos cruzados, se reclinaba indolentemente contra la puerta cerrada de la sala. Miraba duramente a su enemigo.

Liam Montbar tardó unos instantes en recuperar la serenidad. Lo que creyó infernal alucinación era una realidad. El hombre que más odiaba estaba ante él...

—Citando el Averno, tú asomas, pirata. No muevas ni un dedo, porque te tiendo acribillado-y el irlandés exhibió la pistola que había desenfundado con velocidad magistral —. Pero no quiero matarte así, pirata. Toda mi vida me pesaría haberte tumbado de un pistoletazo, cuando tantas delicias me prometo...

—Si hablases menos, te iría mejor, Montbar-dijo tranquilamente el Pirata Negro, sin abandonar su indolente postura —. ¿Crees, acaso, que soy un infante que juega al aro y a los bolos? No dispararás, por dos razones: porque el ruido hará que la casa quede cercada y que Carey te convierta en chacina. Y la segunda razón es que, cuando cruzo los brazos, tengo la buena costumbre de colocar mi diestra encima de una agradable culata. Aprieta el gatillo, y tu bala se cruzará con la mía. ¿Resultado? Tu cadáver... porque a mí será difícil que me horades. Nací a prueba de bala, porque se me da un comino de la muerte. Enfunda tu artillería, Montbar, que llevas puñal y tienes amplias espaldas.

El irlandés deslizó una ojeada hacia la cintura del Pirata Negro; vió el cañón de una pistola apuntándole, y dirigió el suyo hacia el

suelo. Miró rencorosamente a la amordazada e inmóvil “Dama de Clisson”.

—¿Tu nuevo amante? ¿Ya hallaste substituto a MacCarey?

—No me halagues, Montbar. ¿O acaso sirves más para asesinar mujeres, que para pelear a mano limpia, con hombres?

—Sólo tu voz..., sólo verte me enferma-dijo aviesamente Montbar, y sus botas rechinaron ligeramente al prepararse él a saltar.

—A eso le llamo yo pánico, irlandés.

—¡Es odio! ¡Por San Patricio que nunca creí poder odiar tan mortalmente a un engendro de Satanás!

Y el irlandés proyectóse hacia delante como un muelle distendido, alzando su daga, mientras la culata de su pistola iba dirigida a la sien del Pirata Negro.

Carlos Lezama doblóse por la cintura y, empujando de costado, volteó al irlandés, que rodó ágilmente por el suelo, levantándose inmediatamente, resoplando de furor y congestionado el semblante.

—Primer truco que te ha salido mal, corsariete. Yo no soy tocador de arpa. Prueba otra gracia, que ésa ya la conozco.

Liam Montbar, con su característica irregularidad temperamental, quedóse inmóvil, a tres pasos del Pirata Negro. Mantenía firmemente la pistola por el cañón y la daga medio oculta en la palma de la mano. Sonrió con desdén.

—Me recuerdas los perdonavidas de taberna, pirata. Hablas como ellos.

—Quizá. Pero ellos perdonan vidas. Yo no las perdono y vengo por la tuya. Si echas el codo hacia atrás, me daré cuenta de que piensas tirarme la daga y rematar con tu pistola como proyectil.

Mordióse Montbar los labios, deteniendo el retroceso de sus codos.

—Hemos aprendido en la misma escuela, irlandés.

Como un bólido lanzado por catapulta, Liam Montbar, agachado, dirigió su cabeza al estómago del Pirata Negro. Casi consiguió su objetivo, dada su excepcional agilidad.

Carlos Lezama cayó al suelo, y Liam Montbar aplastóse sobre él con salvaje frenesí, alzando simultáneamente pistola y daga.

La madera del suelo se abrió resquebrajada por la furiosa puñalada de Liam Montbar; la hoja de acero quedó vibrando

clavada hondamente, y la pistola saltó de la mano agresora al chocar reciamente contra el liso entarimado.

El Pirata Negro tuvo que escurrirse lateralmente para evitar la doble acometida mortal; atenazó fuertemente la cintura del irlandés entre sus dos antebrazos, hincándole la barbilla en el pecho.

Liam Montbar asió la garganta de su adversario y por un instante los dos quedaron estrechamente abrazados. Alzáronse las rodillas del Pirata Negro, levantando en vilo al que, encima de él, presionaba frenéticamente en su garganta.

Los pies de Lezama aplicáronse en los muslos del corsario y, con fuerte torsión de las espaldas, consiguió el Pirata Negro lanzar hacia atrás al que trataba de estrangularle.

Liam Montbar, sin pistola ni daga, desenvainó raudamente. Pero, con súbito cambio de táctica, echó a correr hacia el patio interior...

Tras él, entró Lezama en la obscura escalerita que conducía a la azotea... Vió una sombra moverse sigilosamente, sombra que quedó denunciada por el metálico destello de su espada desnuda.

—Hará mucho ruido aquí el plomo que voy a incrustarte en el pellejo como sigas jugando al escondite, Montbar...

La sombra desvanecióse hacia lo alto como por encanto; Montbar seguía ascendiendo las escaleras hacia atrás, dando frente a su enemigo.

Amartilló Lezama su pistola y oyéronse perceptibles los acelerados pasos de Montbar hacia la azotea.

Corriendo sobre la punta de sus botas, escaló Lezama velozmente la distancia que le separaba del irlandés.

Liam Montbar, montado en el alero de la azotea, disponíase a saltar al vacío, cuando alrededor de sus piernas, en salto felino, agarróse el Pirata Negro.

Liam Montbar tambaleóse en el aire por unos instantes; su espada se levantó, pero el Pirata Negro lo volteó con recio empuje, haciéndole caer de espaldas sobre el suelo de la azotea.

La diestra de Montbar buscó los ojos del rostro que encima del suyo le miraban burlonamente.

Aferrándole por la muñeca, Lezama fué torciendo el brazo que intentaba cegarle. Su otra mano forcejeaba con la izquierda del corsario, que palpaba a tientas para recobrar su espada, que le

había resbalado de la mano al ser volteado bruscamente.

—Una dentellada en tu garganta, Montbar, y te desangrarías como el cerdo que eres, con perdón de los marranos. Pero te reservo para lo que te proponías hacer con ella. Servirás de mecha para la casucha.

Liam Montbar debatióse con todas sus fuerzas. Consiguió ladear al pirata y asestó ferozmente un puntapié al flanco que le oprimía contra el suelo.

Dió vuelta sobre sí mismo hasta zafarse de la presa de su enemigo, y encaramóse de un salto en la balaustrada, corriendo hacia la tupida masa de la enredadera...

Carlos Lezama avanzó a saltos por el alero tras él...

Dos pistoletazos rasgaron la noche, procedentes del páramo: Con atronadora. y salvaje entonación resonó la voz múltiple de:

—¡“Clan” Carey!

Por un segundo se distrajo la atención del Pirata Negro; cuando buscó al irlandés, éste había desaparecido. Restallaron dos nuevos pistoletazos, y Carlos Lezama saltó al suelo de la azotea. Recogió la espada de Liam Montbar y bajó por las escaleras.

La “Dama de Clisson” recobró su normal compostura cuando Lezama fué cortando con la misma espada de Montbar la trenza que la mantenía atada.

Quitóle la mordaza-servilleta, y, escanciando un vaso de agua, lo tendió a la “Dama de Clisson”.

—¿Lo habéis matado? —preguntó ella, esperanzada, antes de beber, y señalando la espada de Montbar.

El Pirata Negro tiró la espada junto a la pistola y la daga clavada en el suelo.

—De ello se está encargando el “clan” Carey. Han llegado inoportunamente, dibujando mi silueta en el aire a plomazos. Vuestro amante vendrá a comunicaros la caza de Liam Montbar.

—¡Oh! —y ella, tras beber, adquirió un leve sonrosado en las mejillas, lo cual aumentó su aspecto de candidez.

—¿Prestáis créditos a las malvadas insinuaciones y calumnias de Montbar? Doug MacCarey es mi hermano.

—Entonces, Montbar debió de equivocarse cuando me supuso substituto de MacCarey, ya que con ningún otro amorío puede substituirse un amor de hermano. Cierto es que Montbar calumnia.

¿Visteis con qué desfachatez me llamaba “pirata”? Y tal como vos aseguráis que no es más que hermano vuestro Doug MacCarey, también con la misma veracidad puedo afirmaros que nada tengo de pirata.

—La apostura... y ciertas palabras que pronunciasteis al hablar con Montbar... ¡Aquí viene Doug!

La puerta abrióse ruidosamente y entraron dos individuos a la vez. Pat Donegal quedóse apuntando al Pirata Negro, mientras Doug MacCarey avanzaba, visiblemente defraudado.

—¿Quién es ése, Jeanne? —inquirió hoscamente.

—El caballero que me ha salvado de una muerte cierta en manos de Montbar. ¿Ha muerto ya?

—Huyó. Consiguió apoderarse de una pértiga, y esa taifa de torpes lo ha perseguido inútilmente. Nadie aventaja a Montbar en sus saltos.

El Pirata Negro rió, con los puños apoyados en las caderas y echando hacia atrás la cabeza.

—¡Válgame Satán! Tanto chillar “clan” Carey y demás zarandajas, tanto disparar, y se os escapa un hombre solo, Doug MacCarey.

—¿Quién eres tú? —y Doug MacCarey cerró los puños.

—Alguien mejor educado que tú, amigo. ¿No te dijo tu hermanita que Liam Montbar se tropezó conmigo?

—¿Cuándo viniste aquí y por dónde entraste?

—Un momento, hermano-intervino presurosa Jeanne de Belleville —. Ese caballero...

—¡Ni caballeros ni hermanos! ¿De cuándo acá somos hermanos, estúpida?

—Hazte un nudo en la lengua, Doug MacCarey-y el Pirata Negro empujó con el índice el pecho de MacCarey —. Delante de mí, ni a tu propia hermanita llamas estúpida..., ya que el único estúpido que hay aquí dentro eres tú...

—¡A él, Donegal! ¡Carga!

Al oír el grito de MacCarey, Jeanne de Belleville colocóse ante el Pirata Negro, cubriéndole de espaldas y con los brazos abiertos.

—¡Es enemigo de Montbar y me ha salvado la vida!

—Sé defender la mía, señora. Apartaos, os lo pido por favor-y el Pirata Negro intentó separar a Jeanne de Belleville.

Un vocerío súbito llamó la atención de Doug MacCarey, que se disponía a atacar… El vocerío se extinguió en tres repetidos silbidos.

Una inquietud patente se enseñoreó del semblante de Doug MacCarey. Oyóse un vozarrón que llamaba:

—¡Hidalgo! ¡Capitán Lezama!

La puerta de la mansión tembló, aporreada por terribles puñetazos.

—Abre, Donegal-dijo la “Dama de Clisson”, sonriente —. Es un capitán de mosqueteros del Rey, amigo del caballero Lezama. Bonito nombre tenéis, capitán Lezama.

Pat Donegal abrió la puerta, y Jarnac de Lesperruy, acompañado de Diego Lucientes, entró en tromba.

—¡Ah, diablos! —y se detuvo en seco—. Perdonad, señora. Oí voces, disparos, y como mi amigo… anda siempre donde la pólvora abunda, me supuse…

—Esos son los señores Doug MacCarey y Pat Donegal-presentó irónico el Pirata Negro —. No me distinguen con su cariño, pero creo que todo es cuestión de un simple error. ¿No es así, Doug MacCarey?

—Así es —afirmó calurosamente el irlandés, examinando el uniforme mosquetero de Jarnac—. Perdonad si me acaloré. No sabía quién erais, y como persigo a Liam Montbar y sus asesinos “Mendigos”, os tomé por otro cómplice de Montbar.

—Bien os dijo vuestra hermana… Pero, veamos: ¿son vuesas mercedes hermanos o no? Hay quien lo niega, hay quien lo afirma. Tratad de poneros de acuerdo.

—Con la sangre hirviente uno a veces olvida hasta de qué habla-se excusó servilmente Doug MacCarey —. Nos honraríais aceptando una humilde cena. Servidores somos todos del Rey y perseguimos un fin común: la captura de Liam Montbar.

—No será cenando como lo lograremos-dijo secamente el Pirata Negro. —Con vuestra venia, señora, volveremos pronto. Agradezco vuestra intervención a favor de vuestro hermano.

Jeanne rió divertida, y secretamente atraída hacia el que sabía ser tan correcto con ella, a la par que era de una inaudita insolencia para con los de su mismo sexo.

Acompañó a los tres amigos hasta el exterior, y, gratamente sorprendida, aceptó en su mano el beso del Pirata Negro, que

repentinamente convirtióse en mordisco suave.

Retiró ella la mano vivamente.

—¿Qué es esta libertad, caballero? ¿Queréis explicarme esa grosería?

—Cuando me expliquéis por qué, siendo compendio de gracias, aceptáis ser amiga y cómplice de bellacos asesinos y cobardones. A vuestros pies, señora.

Jarnac de Lesperruy, camino ya de la costa, bramó de pronto:

—¡Inaudito, hidalgo! ¡Incomprensible! Rechazáis con malos modales la invitación de un servidor del Rey para cenar; luego os comportáis groseramente con la dama...

—El servidor del Rey es un bandido repugnante y la dama es su tierna amante.

Jarnac de Lesperruy se espeluznó, atusándose fieramente el mostacho.

—Andáis propenso a calumniar, hidalgo, o no os conozco ya. Explicaos.

—No os he mordisqueado el dorso de la mano, pero, en fin, por amistad os haré entrever lo que aquí ocurre, y que he logrado ya poner en claro. La bella era antaño amante de Montbar, con el que compartía la jefatura de los “Mendigos”. Montbar se hizo corsario, y confiaba en ella. Apareció Doug MacCarey y la damita se sintió dispuesta a ceder el mando a MacCarey. Bien, estudiante; vamos a empezar a prestarte atención. No quiero que se repita la torpeza de Villefranche. Estamos en la guarida de los “Mendigos”. Mis piratas se repartirán en tres grupos de choque silenciosos. Y a la vez que te proporcionaremos motivos de emocionarte y sacudirte el aburrimiento, veremos si logramos barrer de esta costa la infección de Carey y Montbar, con toda su cuadrilla de matarifes de náufragos.

CAPITULO VI

Guerra a muerte

Liam Montbar llegó, sudoroso y jadeante por el esfuerzo realizado en su loca carrera huyendo de sus antiguos servidores, a la entrada de la gruta donde hallábanse reunidos sus adeptos.

Jean Loup conocía a Liam Montbar, y con sólo verle el rostro no tuvo necesidad de comprobar que estaba desarmado y con las ropas desgarradas para comprender que, además de haber sostenido una dura lucha, Liam Montbar acababa de ser presa de una intensa cólera.

El irlandés apartó bruscamente a Jean Loup y subió al terraplén rodeado de estalactitas, desde el que dominaba a la turbamulta de andrajosos y falsos tullidos.

—¡Hay que eliminar sin más tardanza a Doug MacCarey! Dispone por el instante de más fuerzas que yo, y se hace preciso actuar con estrategia para que nuestros esfuerzos no sean baldíos. Pero, antes, oídme bien, hombres de mi clan-y Liam Montbar se irguió en toda su altura —: antes, juro por San Patricio que haré rico al hombre que logre traerme vivo y encadenado a un pirata que anda por estos lugares. Lo reconoceréis fácilmente porque es de mi estatura y de intensa tez obscura. Luce al cuello una cadena de oro que bate, sobre su pecho, una arandela también de oro. Se distingue de todos porque usa un fino bigote negro. Su nariz es corva y corta como la de un aguilucho, y no hay en el mundo entero hombre que posea una mirada más impertinente. Le acompañan dos hombres: un pelirrojo manco y un mosquetero rubio.

Liam Montbar entrelazó las manos sudorosas.

—Un cofre repleto de joyas a su elección o diez mil luises al de vosotros que me traiga vivo y encadenado al Pirata Negro.

La gruta fué quedando despoblada, y, al ver Montbar que Jean Loup dirigíase a la salida, arqueó las cejas.



—...prometo riquezas al que traiga vivo o muerto...

—¿También tú vas a por la recompensa que ofrezco, Loup?

—Si tuve la torpeza de dejarles escapar, es natural que trate de apresarlos de nuevo. Si triunfo, no quiero más recompensa que tu amistad.

—Escasa recompensa-dijo Montbar en voz alta, cuando Jean Loup ya había abandonado la gruta —. Porque, por ahora, me eres útil, Loup; pero cuando Carey y ella queden muertos, y el Pirata Negro no exista, tú seguirás la misma senda, Loup. Sabes demasiado.

* * *

>

Jarnac de Lesperruy oyó atentamente las instrucciones que Carlos Lezama fué repitiendo a sus tres grupos, ocultos por entre los peñascos del litoral escarpado.

Y regresaban hacia el sendero del páramo, cuando felicitó a Lezama.

—Tenéis el don de la organización, hidalgo. Aunque con nosotros tres sobraba para dar combate sin tregua y guerra a muerte a esa infecta canalla.

—Hablando del ruin de Roma... —empezó a decir Diego Lucientes.

Hallábanse los tres amigos cerca de una casucha abandonada que en otros tiempos perteneció a pescadores, que la dejaron apremiados por la peligrosa cercanía de los devastadores de náufragos.

Diego Lucientes señaló unas sombras huidizas que obedecían a sordos silbidos, asían largas pértigas y formaban un ancho circulo, cuyo centro eran los tres amigos.

—¡Voto al cuerno! —rugió Jarnac, desenvainando—. ¡Voy por uno de esos sopladores! No hay nada que me atosigue más que los silbiditos en la negrura y los fantasmones galopando a las espaldas.

—Fuerza sola no basta, Jarnac —dijo el Pirata Negro, deteniéndole por el brazo armado—. Esa plebe rezuma de trampas y ardides que, honrado y leal mosquetero, ignoráis. Aguardémosles aquí; si nos aman tanto, ya vendrán a nuestros abrazos.

El círculo de sombras iba cerrándose... Los silbidos aumentaban en ritmo creciente; las pértigas engarfiadas destellaban cada vez más cercanas.

—Es poco recatado que los amores fructifiquen a la intemperie-dijo el Pirata Negro —. Aquí fuera nos cazarán como pajaritos con liga, ya que sus pinchos nos acorralarán. Pasemos bajo techo, señores.

La casucha estaba construida de troncos sin desbastar; era sólida y con dos únicas vías de acceso: la puerta y una estrecha ventana.

—Seamos hospitalarios, señores. Dejemos puerta abierta a quien nos quiera honrar con su visita. Démosle nuestras pistolas al bachiller, Jarnac; él defenderá la ventana.

—La lástima es que vuestros piratas acudirán a los pistoletazos-dijo Jarnac casi con reproche —. El festejo durará poco.

Resonó un clamor unánime y un repiqueteo continuo redobló al unísono sobre los tabiques de leños de la casucha. Los primeros “Mendigos” que avanzaron tanteando sus pértigas por la puerta abierta las soltaron precipitadamente al sentirse arrastrados por los hercúleos tirones que el Pirata Negro y Jarnac prodigaban a sus

instrumentos.

Un denso conglomerado de garfios pobló el espacio abierto... Diego Lucientes disparó despaciosamente; soltó la humeante pistola y asió la del Pirata Negro, que con su doble cebo produjo dos caídas más...

Operóse una prudente retirada de los asaltantes, y los tres amigos oyeron unos cuchicheos...

—Siempre produce decepción esa clase de acogidas-comentó, burlón, el Pirata Negro —. Tramarán ahora una nueva galantería.

Chasquearon agudamente unos pedernales; la llamita fué agrandándose. Un círculo de llamas rodeó la casucha.

—¿Antorchas? —inquirió Jarnac—. No les gusta andar a ciegas.

—No es eso, precisamente-dijo el Pirata Negro, con su entrecejo fruncido.

—El poeta, desde su ventana, cantó a la luna lanera: “Pronto en fuego arderé...” —recitó Diego Lucientes, jovialmente.

Jarnac de Lesperruy comprendió de pronto la alusión.

—¡Voto al cuerno quemado! Se impone una salida, hidalgo. Tenemos como ellos perchas y valemos por todos ellos juntos, con o sin palos.

—Aguardad, Jarnac-y apenas terminó de hablar, el Pirata Negro silbó estridentemente por cinco veces seguidas.

Fué un silbido gutural, áspero, que perforó la noche, como en otras ocasiones había sembrado la alarma entre la tripulación del “Aquilón” sobreponiéndose al fragor de la tormenta y los cañonazos.

Los “Mendigos” de Liam Montbar creaban una pictórica estela de resplandores girando vertiginosamente los tizones, que en breves instantes prendieron crepitantes.

Habían roto los mangos de sus pértigas y el madero ardía rápidamente. A un ronco grito de mandato, las antorchas volaron, cayendo sobre el techo de la casucha y contra las paredes.

Algunas entraron como lenguas rojas por la ventana, iluminando el interior.

Acudió el Pirata Negro, que a taconazos fué apagando los conatos de incendio. Al volverse no halló la gigantesca figura de Jarnac, que impetuosamente habíase lanzado al exterior.

El Pirata Negro saltó a la puerta reprimiendo una exclamación

de ira. Una densa cortina de humo y llamas le impidió ver...

Jarnac asestaba molinetes con su pértiga; traidores lazos se enroscaron por sus piernas y su cintura.

Las trenzas de los “Mendigos” entraban en acción.

El mosquetero gascón parecía un cíclope derribando árboles; su pértiga hundía cráneos y reventaba troncos humanos... Pero los lazos caían sobre él en aluvión...

Quedó totalmente envuelto en sólidas ligazones de cuero aceitoso y trenzado que se hincaron en su corpulenta musculatura...

—¡Volved, Jarnac! —apremió de lejos la voz del Pirata Negro.

Una pértiga abatióse sobre la rubia cabeza del imprudente mosquetero, que vaciló como un toro apuntillado, para, al fin, caer al suelo.

Las llamas rodeaban por completo la casucha; Diego Lucientes encaramóse en el marco...

—¿Dónde vas, bachiller?

—Al techo, patrón. Se respira mejor... y moriré más cerca de las estrellas.

Desaparecieron las piernas del madrileño, y el Pirata Negro siguió el mismo camino. Intentar salir era inútil, porque algunos troncos desquiciados habían cruzado la puerta, formando una gigantesca llamarada imposible de atravesar.

El techo envuelto en llamas iba prendiendo más lentamente...

—¡Señor! ¡Tus valientes, al quite!

La voz de “Cien Chirlos” hizo estallar en alegre carcajada al estudiante, que recuperó su color natural, huyendo de su rostro la palidez con la que se aprestaba a morir.

—Nunca sonó más grata voz humana en los oídos de un temblequeante manco que la aguardentosa voz de ese belitre-dijo Diego Lucientes.

Las llamas alumbraban la nueva escena. “Cien Chirlos” y su pelotón de choque, con los sables de abordaje en una mano, la pistola en la otra y el puñal entre los dientes, ofrecían una pavorosa imagen de salvajismo ansioso de sangre.

—¡A ellos, mis valientes! ¡Son pocos y huyen!

La alegre voz del Pirata Negro coincidió con su acrobático salto, con el que pareció remontarse en los aires, para ir a caer fuera del círculo de llamas que rodeaba la casucha incendiada.

—¡Diantre!... —mascullé Diego Lucientes—. Me apresuré a sentirme feliz, porque ¿ahora quién me presta alas? Cierto que huyen los incendiarios, pero ya me huele la cabellera a chamusquina...

Unos alaridos salvajes denotaban que “Cien Chirlos” y sus piratas habían empezado a vengar la injuriosa y osada aventura a que se habían lanzado los “Mendigos” al atacar a su jefe.

Tras la aprovechada salva de pistoletazos restallaban ahora los aceros, y los piratas, duchos en el arte de toda clase de peleas, asían por el centro las pértigas amenazadoras, inutilizándolas así.

“Cien Chirlos” luchaba con su proverbial ausencia de lealtad. Nadie mejor que él dominaba el arte de saltar sobre las espaldas enemigas y hundir en los cuellos su corto y ancho puñal.

—Tres... —contaba cada vez que descabalgaba una de sus víctimas.

El Pirata Negro tendió una pértiga a Diego Lucientes, que estaba totalmente rodeado por las llamas.

—¡Con toda tu alma, estudiante!... ¡Abrázate al palo!

Diego Lucientes asióse del triple garfio y colocó sus piernas entrelazadas alrededor del madero.

Apoyando el remate en su cinto, el Pirata Negro tuvo que arquearse hacia atrás con toda la fuerza de sus riñones y brazos.

Elevóse en el aire la simiesca figura de Diego Lucientes abrazado reciamente a la pértiga... Cuando quedó rectamente erguido el palo cimbreante, deslizóse hacia abajo el estudiante. Soltó el Pirata Negro la pértiga, y Diego Lucientes cayó sobre sus pies, sonriente y con el rostro ennegrecido.

—De chiquillo bajaba así por los arboles de mis Madriles. Gracias, capitán Lezama.

Pero ya el Pirata Negro, abriéndose paso a estocadas, lanzábase en busca de Jarnac, llamándolo insistentemente.

Cuando “Cien Chirlos” y su pelotón reunióse junto a las cenizas ardientes de la casucha, el segundo del Pirata Negro acercóse a éste para decirle con satisfacción:

—¡Listos, señor! ¡No queda ni uno para contarlo!

Quedó extrañado el pirata del rostro cicatrizado al ver el ademán cansado con que Carlos Lezama encogióse de hombros.

—¿Hicimos mal, señor? ¿Debíamos dejar alguno con vida...

después de lo que osaron hacerte?

—Tu eres siempre mi mejor, guapetón-le tranquilizó Lezama —. Muertos todos es como debemos verlos a estos cobardes reptiles. Pero el que menos tiene que ver con la empresa ha desaparecido. Me refiero al capitán Lesperruy.

—¿El rubio…, digo, el caballero rubiales, señor? ¿Quemóse?

—Se lo llevaron preso, porque he recorrido los alrededores y no hay huella de él. Vuelve a tu sitio con tu pelotón, “Cien Chirlos”, y desde ahora rebana el cuello a todo “Mendigo” que ronde por tus cercanías.

—Gracias, señor.

—Pero sin abandonar el lugar que te he designado, a menos que oigas mi llamada.

Diego Lucientes ajustó su paso a la larga zancada con la cual el Pirata Negro descendía hacia la playa.

—Como sea, debemos rescatar a Jarnac, señor-e inconscientemente adoptó el tratamiento de los tiempos en que era pirata a las órdenes de Lezama y bogaba en el “Aquilón”.

—Tú lo has dicho, estudiante. Cueste lo que cueste, Jarnac ha de salir indemne de manos de los “Mendigos”, porque aquí no vinimos a matarle a él, ¿no es cierto, Diego Lucientes? Vinimos…

—…a que yo me encontrase con la novia que me reservas. Pero, dime, señor: ¿qué culpa tengo yo si la muerte me es esquiva?

El Pirata Negro emitió una corta carcajada brutal.

—A veces hablas con sensatez, bachiller.

—Cambiaron las cosas, señor —reprochó Lucientes, dolido—. Antes me apreciabas; ahora me tratas con… despego, casi con desprecio.

—¡Chitón, “Medio Brazo”! Ahora, lo que urge es rescatar a Jarnac.

El “Aquilón”, bien oculto en un arco de piedra donde el mar se adentraba, tenía colgados de sus palos altos a dos piratas prestos a tender velas a la menor alarma.

Tichli, el piloto cubano sordomudo, apoyaba su negra musculatura desnuda contra la rueda del timón. Quitó las manos de los remates al denegar el Pirata Negro a su señal de partida.

Descendió el Pirata Negro a su camarote e instantes después subía a cubierta llevando de una gruesa cadena a “Satán”.

El leopardo no perdía majestuosidad al ser llevado así. Andaba despaciosamente, erguida la cuadrada testa, e inquietas las rojizas pupilas.

Diego Lucientes, al ver que Lezama se disponía a bajar la pasarela que comunicaba con la estrecha faja de roca que conducía a la playa, acercóse al Pirata Negro. Ladeando la cabeza, “Satán” gruñó...

—Yo creo, señor, que yendo primero a la casa de la tocadora de arpa sabríamos algo de Jarnac.

—Ve, si quieres-dijo secamente el Pirata Negro.

—¡Diantres, capitán Lezama! —exclamó Lucientes, airado—. ¡Me tratas como si fuera mía la culpa de lo sucedido!

—En parte, sí, “Medió Brazo”. Todo empezó en Villefranche... y ya no puedo saber cómo terminará.

—Cuando me llevaste a bordo embutido en el sarcófago, ¿por qué, si te inspiro tanto asco, no me arrojaste con sarcófago y todo por la borda? Creí que me habías perdonado...

El Pirata Negro hizo un gesto poco frecuente en él. Palmoteó el hombro válido del estudiante.

—Déjame de monsergas, madriles. Lo que quiero es que no me compliques más la existencia. Rescataré yo a Jarnac... y tú quédate a bordo.

Alejóse a paso rápido, y, junto a él, “Satán” azotándose los flancos a coletazos, demostraba que la cadena no era símbolo de esclavitud, sino de fidelidad al hombre que lo había recogido de cachorro en una selva de Jamaica.

CAPITULO VII

La rebelde y el rebelde

—¿Crees tú que soy un estúpido? —aulló Doug MacCarey.

—Tu epíteto predilecto te cuadra bien, Doug-dijo Jeanne de Belleville, perversamente dispuesta a irritar al irlandés —. Creo que sí, que eres un adorable estúpido.

—¿Crees que no veo que estás ausente?

—¿No estoy delante de ti, los dos solos y en mi casa?

—Ya sabes lo que quiero decir, pécora. Estás pensando en otro.

—Y tú también. Pensamos en Liam Montbar.

—¡No! Piensas en el bravucón pendenciero que se hace acompañar de un capitán de mosqueteros para hacer el héroe y conquistarte.

—Eres vulgar, Doug. Pero me encantan tus celos... teniendo en cuenta que son infundados.

—Yo te adivino, pécora. Has pensado que si el barco se hunde y lograses la protección del cobrizo bravucón, quizá te salvases. Pero estamos dos a impedirlo, Montbar y yo.

Jeanne de Belleville jugueteó con los hermosos dedos sobre el mantel.

—Montbar y tú no tenéis la calidad de Lezama. Él es como soñaba encontrar al que todas soñamos. Es satánico y mefistofélico; tiene una plástica de esbeltez y fortaleza; es elegante en su brusquedad y tiene ritmo en la violencia de sus ademanes.

Doug MacCarey arrugó la frente y cerró los puños.

—Por emplear palabras extrañas no lograrás esquivar la verdad. Tú estás enamorándote de ese intruso.

—Quizá que sí, quizá que no. Al menos con él dejé de tenerle miedo a Liam Montbar, y contigo... sigo teniéndole miedo.

—¡Porque es un bravucón pendenciero que se hace acompañar de un capitán de mosqueteros! —rugió Doug MacCarey, repitiéndose.

—Solo también es bravucón y pendenciero-y el Pirata Negro asomó el busto por la ventana del cenador —. Hay mucha vigilancia, pero el “clan” Carey ha reconocido en mí a un amigo de la casa. Se han apartado muy discretamente a mi paso.

Jeanne de Belleville corrió hacia la puerta, que abrió de par en par. Retrocedió alarmada al ver la “compañía” del Pirata Negro.

—¡Un tigre! —gritó Doug MacCarey, parapetándose tras la silla.

—Mal estás de la vista, MacCarey. Es simplemente un inofensivo leopardo. Quiere mucho a Jarnac de Lesperruy y viene a preguntar por él.

—¡Por favor, Lezama! ¡Llevaos a ese animal! Fieras...

—...somos muchos que no llevamos pelaje de tales. Repito, MacCarey: el leopardo se llama “Satán” y es buen muchacho mientras su lomo no se eriza. ¡Tate! ¿Te das cuenta de que acaba de erizársele el lomo? Te lo soltaré si no me contestas pronto: ¿dónde está Jarnac de Lesperruy?

—¿Quién... quién es ese Jarnac? —balbució el irlandés.

—Un hombre que es mi único amigo... y del leopardo. ¡Pronto! —y la diestra del Pirata Negro aflojó ligeramente la cadena que sostenía tensa a “Satán” con el poderoso pecho arqueado—. Se impacienta el gato y me impaciento yo. Dos malos enemigos, MacCarey.

—No... sé a quién te refieres. ¡Díselo, Jeanne! Dile que yo, desde que él se fué, no me he movido de tu lado.

—Es cierto, Lezama-aseguró ella —. Os doy mi palabra de que es verdad lo que Doug dice.

—¿Palabra semejante a la de hermana?

—No-e irguió ella, altiva, la cabeza —. Si soy amante de MacCarey, es porque quiero.

—¿Quién lo discute, señora? Quered a quien se os antoje, que yo no soy vuestro esposo. Lo que yo deseo saber es si tenéis algo que ver con la desaparición de Jarnac de Lesperruy. Dicho en otros términos: ¿por qué vuestros hombres atacaron una casucha de pescadores de la costa, incendiándola?

—Os equivocáis-rebatió ella —. Sólo queremos exterminar a

Montbar, y a vos no íbamos a desearos mal, puesto que sois enemigo de Montbar. ¿Queréis hacerme una merced?

—Y cien, señora, si en mis manos está.

—En vuestra diestra está. Ese gatito-y sonrió ella valientemente señalando al leopardo —. Precisamente Doug os reprochaba el venir siempre acompañado. No le deis la razón.

—Me encanta vuestra elegancia, señora. Si os lo proponéis, sabréis convencer al mismo leopardo, que terminará creyendo que es un gato. ¿Tenéis sitio seguro donde guardarlo mientras converso con vuestro… vuestro adorado tormento?

—Venid. Podéis encerrarlo en el sótano.

Jeanne de Belleville, descendiendo la escalera que conducía al sótano, tras el Pirata Negro, susurró:

—Doug MacCarey os odia. Ha jurado mataros.

La breve carcajada del Pirata Negro molestó a la “Dama de Clisson”.

—Tenéis una risa poco galante, Lezama.

—Perdonad. Recordaba que hay una palabra que vos no conocéis, y que si os la dijera os pasmaría de estupor, porque la creeríais un término oriental del lejano Cipay.

—¿Qué palabra es ésa? —inquirió incisivamente la “Dama de Clisson”.

—“Fidelidad”.

Sin volverse, aunque no dejaba de observar disimuladamente las manos de Jeanne de Belleville y el rico estilete damasquinado que llevaba en el lazo de su talle, el Pirata Negro señaló una pequeña puerta de recia madera.

—¿Es esa la entrada al sótano?

—Empujad. Está abierta.

“Satán” entró en el sótano y, tras enlazar fuertemente la cadena en una argolla del grueso muro, el Pirata Negro cerró la puerta. Volvióse y se enfrentó con la sonrisa de la “Dama de Clisson”.

—¿Es obligatorio ser fiel a un hombre si ya no se le ama?… —preguntó ella.

—Pero no se le traiciona aunque ya no inspire amor.

—Vos salvasteis mi vida. Yo he querido salvar la vuestra.

—Os dije ya, y perdonad la jactancia, que de mi vida respondo yo. ¿Os apetece ahora que os libre de MacCarey? No soy asesino a

sueldo… de una sonrisa, señora.

—Me decís esta grosería porque no soy dama de calidad y mis amores son libres.

—Deshagamos el equívoco, Jeanne de Belleville. Para mí, como mujer, sois respetabilísima; ahora bien…, hay muchos náufragos en el fondo de la mar que bate contra el acantilado.

—No os entiendo-dijo ella, palideciendo.

—Ved la cabezota que asoma allá-y riendo señaló el Pirata Negro el rostro de Doug MacCarey, inclinado desde el rellano —. Está pronto a embestir. Quizá os complazca, señora. ¿Os harta ya ese mal hablado sujeto?

Ella asintió mudamente. Mientras subía por la escalera barajaba la nueva posibilidad; sin duda alguna, cuando Liam Montbar llamóle pirata era porque sabía quién era. Y un aventurero podía haber engañado al capitán de mosqueteros…

La “Dama de Clisson” estremecióse ligeramente. Aquél era el que debía, no sólo matar a Carey, sino también librarla de Liam Montbar… y después seguiría reinando ella con el nuevo jefe de los “Mendigos”.

Porque la última alusión del aventurero era clarísima: demostraba que sabía quién ella era y sus relaciones con “Los Mendigos del Mar”.

Doug MacCarey, al comprobar que el leopardo había quedado encerrado en el sótano, sintióse renacer. Miró ceñudamente a Jeanne de Belleville.

—¿Qué le susurrabas al… señor?

—Lo que a ti no te importa.

La respuesta de la mujer hizo sonreír al Pirata Negro.

—Tierna escena, pero abrevíenlas vuesas mercedes, porque debo ir en busca de Jarnac de Lesperruy. ¿Tienes algo que decirme antes que me vaya, Doug MacCarey? Verás que dejé abajo mi gato, para que no me reprochases venir siempre acompañado.

Doug MacCarey hizo un evidente esfuerzo para dominarse.

—Si supiera… a qué has venido y por qué te acompaña un mosquetero muy conocido en la corte del Rey, quizá podría contestarte de otro modo, Lezama.

—El mosquetero nada sabe de nada de lo que yo sé, Doug MacCarey. Y yo te voy a complacer. ¿Quieres saber a qué he

venido?

—No me lo dirás con franqueza.

—¡Infeliz! Siempre he necesitado que me retengan la lengua con candado, no que me la hostiguen. He venido a buscar a Liam Montbar y procurar matarlo. Pero me he tropezado contigo. ¿Tú no buscas también a Montbar?

—Es él quien le busca-dijo Jeanne de Belleville, perversamente.

—¿Un candidato para vos, señora? —sonrió el Pirata Negro—. No quisiera pareceros descortés, señora, pero mi discusión con MacCarey es privada y para nada debéis vos intervenir.

—¡Eso es! —aprobó torvamente el irlandés—. Hablemos nosotros frente a frente, y tú, pécora, vete al diablo.

—Nadie habla así a una dama delante de mí, MacCarey-y ante el renovado estupor del bandido, rió el Pirata Negro —. Hay determinadas libertades de lenguaje con las señoras, que pueden tolerarse si saben adornarse; ¿no es así, Jeanne? Pero volvamos a nuestro pleito. Tú quieres matar a Montbar; yo, también. Tú no lo conseguirás, porque Montbar vale bastante más que tú.

—¡Y que tú! —rugió MacCarey, desenvainando—. ¡Estoy ya asqueado de tanta bravuconería! ¡Defiéndete!

Su última advertencia fué hecha cuando ya había lanzado dos estocadas seguidas. El Pirata Negro dió dos ágiles saltos sin desenvainar, y de un puntapié lanzó un escabel contra el agresor, alcanzándole en pleno pecho.

Doug MacCarey se tambaleó y la espada resbaló de su mano. Desenfundó la pistola, e iba a dispararla, cuando la “Dama de Clisson”, asiéndose de su brazo, le mordió salvajemente la mano.

MacCarey soltó la pistola con un rugido de ira y dolor, y recogió apresuradamente su espada.

—¡Pécora! —gritó, congestionado—. Luego... te...

—Déjalo para luego —aconsejó el Pirata Negro—, si te queda tiempo. Y vos, señora, me habéis ofendido de nuevo. ¿Dos para MacCarey? Sobra uno y medio. ¡Tate! ¡Gran estocada, amigo! Así las reparten los niños antes de ir a la escuela...

MacCarey arreció furioso en su lluvia de espadazos, que el Pirata Negro iba parando uno tras otro sin moverse.

—No andéis por sus espaldas, Jeanne-advirtió Lezama mientras esgrimía —. Os juro que si le dais un golpe a traición, os tundiré

vuestras bellas espaldas a latigazos. Advertida quedáis, y ya no temas, MacCarey. Ella no te matará… porque pienso hacerlo yo en otra ocasión. Ahora, te voy a perdonar, porque tu adorada se ha interpuesto donde no la llamaban. ¡Para en sexta, estúpido! ¡Dobla en tercia… o te ensarto! ¡Levanta la guardia, que te pico! ¡Bájala, o te pincho!

Las advertencias de esgrimista hacíalas Lezama riendo, aunque con el ceño fruncido y la mirada dura. MacCarey iba retrocediendo, hasta que notó la presión de la mesa en sus espaldas.

—¡Me rindo! ¡Me rindo! —aulló.

—Vas a quedar rendido, si chillas tanto. Envaina, cobardón. Ya te he dicho que no quiero matarte delante de ella. Nos volveremos a encontrar.

La espada de Doug MacCarey avanzó inesperadamente en finta traidora hacia el seno de Jeanne de Belleville, que sonreía burlona.

El Pirata Negro, que vigilaba los movimientos del irlandés, pegó un mandoble en la hoja de acero, que saltó de la mano de MacCarey. Pero la punta de la espada había rasgado la túnica flotante de la “Dama de Clisson”.

Doug MacCarey lanzó con fiera acometividad su puñal al pecho del Pirata Negro, que cayó arrodillado… La corta hoja quedó vibrando clavada en el quicio de la puerta, a espaldas de Lezama, que, enderezándose, señaló con su acero la espada caída.

—Recógela, MacCarey. Aunque eres asesino, no quiero asesinarte sin darte una última probabilidad. ¡Aprovéchala!

Doug MacCarey cogió su espada, pero la tiró sin levantarse contra el Pirata Negro, que, preparado a todo evento, sintió el acero resbalarle por encima del hombro y restallando…

Pero lo que no pudo evitar fué que la “Dama de Clisson”, aprovechando la postura inclinada del traidor irlandés, le hundiera entre los dos omóplatos su agudo estilete…

La sangre espumeó en los labios de Doug MacCarey cuando quedó revolcándose boca arriba, mirando a la “Dama de Clisson”, que con la túnica rasgada y el rostro sin alterar, sonreía aviesamente.

—¡Pé…co…ra! —barbotó MacCarey en su último estertor.

—Esta vez ya no le puedo hacer callar-dijo el Pirata Negro, sarcásticamente —. Y, tras eso, Jeanne, ¿qué melodía pensáis

arpegiar en vuestra arpa?

—Tú me comprendes, Lezama-dijo ella, avanzando sin atender a su túnica, casi inútil en su misión —. Tenía yo que elegir entre él y... tú.

—¡Tate! —rió el Pirata Negro—. No quiero que mañana tengas que elegir entre otro... y yo.

Unos empujones violentos sacudieron la puerta. La voz de Pat Donegal atravesó la madera.

—¡MacCarey!... ¡Contesta!... Dicen que... Habla...

—MacCarey no te necesita-gritó la “Dama de Clisson”.

—Que hable él-repitió desde fuera la voz de Pat Donegal.

Arreciaron los empujones, y la puerta saltó de sus goznes. Llevados por la fuerza del impulso, Pat Donegal y tres “Mendigos” entraron en aluvión.

Pat Donegal contempló unos instantes el cadáver de MacCarey.

—¿Quién hizo esto? —preguntó, señalando con su espada desenvainada al cadáver.

—Yo —dijo el Pirata Negro, arqueando entre sus dos manos la flexible hoja de su espada.

—¿Con el estilete de esa... esa mujerzuela? ¿De esa...?

—Me lo prestó-atajó el Pirata Negro —. Y ten la lengua, Pat Donegal, porque se pasa de larga y me tienta cortarle un trozo.

—¡A él! —ordenó Pat Donegal imperativamente.

Jeanne de Belleville recogió del suelo la pistola de Doug MacCarey y su disparo derribó al primero de los “Mendigos” que se dirigía hacia el Pirata Negro.

—¡Rebelde contra tus propios “Mendigos”! —gritó Pat Donegal, y su espada buscó el cuerpo de la “Dama de Clisson”.

El Pirata Negro asestó un largo cintarazo que abatió la espada de Donegal; retrocedió a saltos ante la feroz acometida de los dos “Mendigos”.

Parando con el puñal las estocadas en aluvión, fintó hábilmente, y al atravesar la garganta de uno de los “Mendigos” el otro huyó hacia la puerta, acompañado de Pat Donegal, que rugió hacia fuera:

—¡“Clan” Carey!

Levantando sobre su cabeza la mesa, y entre el estrépito producido por la vajilla de plata al caer, el Pirata Negro proyectó el pesado mueble hacia los dos que se hallaban en la puerta.

Pat Donegal y el “Mendigo”, alcanzados en las espaldas, rodaron de bruces al exterior. El Pirata Negro cerró la puerta de un puntapié.

Sin una palabra, la “Dama de Clisson” ayudó a Lezama a formar una a modo de barricada tras la puerta, empujando sillones...

—Contigo... nada temo-dijo ella sumisamente.

—Tus satélites gustan de encender fogatas, Jeanne.

—¿Mis satélites? —preguntó ella.

—Suplico que no me asegures que todos ellos son tus hermanos. ¿Oyes la pólvora? Algo imprevisto sucede, porque no creo que se combatan entre ellos; les falta valor para eso. ¿Acaso... Liam Montbar está barriendo a sus rebeldes?

El Pirata Negro fué quitando rápidamente el improvisado atrincheramiento. Abrió la puerta, y la primera imagen que vió fué el duelo que entre Pat Donegal y Diego Lucientes se estaba verificando.

Envalentonado por tener como adversario a un manco, Pat Donegal prodigaba los insultos y las estocadas. Diego Lucientes jugueteaba con el acero enemigo...

Una decena de piratas combatiendo con titánico y redoblado furor ahuyentó prontamente la amenaza de los “Mendigos”...

El Pirata Negro sonrió al escuchar las advertencias que Diego Lucientes dedicaba a Pat Donegal. El estudiante tendióse a fondo y perforó de parte a parte el pecho de Pat Donegal.

Retiró su espada sangrienta, que limpió en el jubón del caído.

—Perdonarás mi rebeldía, señor —dijo, saludando con el acero —. Había un pelotón sin jefe, y me arrogué la jefatura. Te vi entrar aquí, y cuando se movilizaron algunos “Mendigos” juzgué llegado el momento de actuar.

—Eso es iniciativa, bachiller. Pero ya te dije una vez que bajo mi mando no quiero hombres de iniciativa. Ordena a esos que vuelvan a su sitio, y si quieres refrescar el gaznate, allí hallarás una dama hospitalaria.

Diego Lucientes entró en la mansión, donde Jeanne de Belleville en la puerta contemplaba con fijeza al Pirata Negro.

—Deseo que me escuches, Lezama. Necesito que me oigas.

—Mis oídos son tuyos, Jeanne. ¿Qué nuevas mentiras piensas urdir en mi honor?

CAPITULO VIII

La mujer sincera

Diego Lucientes poseía el don de orientarse expertamente. Puesto que el Pirata Negro le invitaba a “remojarse el gaznate”, debía buscar algo con que cumplir la grata orden.

Descendió las escaleras que conducían al sótano.

—De sabios es el suponer que en las bodegas el mosto se guarda en fresco ambiente. ¡Ajajá! Esta puerta abre sobre un enamorador... ¡Diantres! ¿Qué haces tú ahí, “Satán”? Encadenado cual can rastrero. No me gruñas, que contigo no pienso discutir. ¿Olfateaste dónde se halla el espíritu alado del alcohol?

El sótano hallábase dividido en dos compartimentos; el primero tenía argollas empotradas en la pared y en su centro una mesa larga con un solo banquillo.

Al fondo divisábase otra puertecita. Diego Lucientes llegóse resueltamente hacia aquella vía de acceso, portando una de las dos antorchas que alumbraban el sótano.

Al abrir la puertecita, chasqueó la lengua complacido. Una hilera de barriles y frascos ocupaba la parte derecha del oblongo cuarto.

—Bien se cuida la dama-fué diciendo, mientras con la luz de su antorcha iba recorriendo los barriles, cuyas espitas olía —. Espumoso, negro peleón, cerveza... ¡Ah, ese bello frasco es de agridulce Burdeos! Ven a mí, querido...

Colocóse bajo el sobaco del brazo mutilado el frasco, y al dar media vuelta dejó caer el frasco, que rompióse con estrépito.

En la pared izquierda, sostenidos por el cuello en argollas de hierro, una hilera de esqueletos sentados presentaban una macabra escena de huesos blancos y rientes mandíbulas...

—¡Manes del Lozoya! —exclamó tembloroso el estudiante—. ¿Estáis en fila para quitar la sed o para aumentarla? Reseca me habéis dejado la tragadera…

—¡Diego Lucientes! —resonó cavernosa una voz.

El madrileño desenvainó con mano agitada.

—Nunca… pe…leé con esperpentos de osamenta sin carne…, pe… pero os doy palabra de que si volvéis a mentar mi nombre, no dejo hueso, sano en toda la pandilla.

La antorcha caída a sus píes al desenvainar, prestaba tintes rojizos a la fúnebre hilera de esqueletos sentados.

—¡Diego Lucientes! ¿Dónde te metiste, “Medio Brazo”?

Rió a carcajadas el madrileño, envainando y secándose la sudorosa frente con el dorso de la mano. Recogió la antorcha y pasó al otro compartimento, donde la “Dama de Clisson” y el Pirata Negro aguardaban en pie cerca de la mesa.

—¿No hallaste mosto? —inquirió Lezama.

—Hallé… pero rompí el primer frasco. También recordé que he jurado no beber más… sin tu venia.

—Beber lo justo es de hombres; pasar el límite es de imbéciles. ¿Qué nos ofreces, Jeanne?

—Tu segundo puede elegir. Está bien provista la bodega.

—¡Quién lo duda! —exclamó risueño el estudiante—. Hasta hay guardia permanente vigilando los barriles. ¿Champaña, señor, o Burdeos?

—Lo uno y lo otro, estudiante. —Y cuando Diego Lucientes hubo entrado en la bodega, el Pirata Negro, sentándose en el único banco, preguntó:

—¿Es otra de tus veleidades prometerme que podrás averiguar dónde se halla Jarnac de Lesperruy?

Ella sentóse cerca de él, y colocó su mano encima de la de Lezama, que sin brusquedad la retiró.

—Primero las realidades, Jeanne. Luego… veremos a ver, que dijo el ciego. ¿Qué te propones?

—Convencerte de que contigo soy sincera. Con un jefe de tu temple podemos triunfar donde nos lo propongamos.

—De momento, sólo me interesa hallar a Jarnac.

—Mis hombres, que aún me quedan muchos adictos, lo buscarán.

El Pirata Negro dió una ojeada a su alrededor. Sonrió sardónicamente.

—Mesa de jueces bandidos. Argollas para sujetar a los acusados honestos. ¿Era aquí donde los “Mendigos” de Carey mataban y torturaban a sus presos?

—Sí. Aquí era.

La brusca sinceridad hizo que el Pirata Negro mirase con atención el bello rostro de Jeanne de Belleville.

—¡Dos frascos lucientes trae Lucientes! —y el estudiante depositó sobre la mesa dos botellas, limpias de su polvo, y tres copas de plata—. ¿Descorcho, señor?

La muda cabezada del Pirata Negro fué seguida del primer taponazo, Jeanne de Belleville tenía una expresión de triste patetismo.

—Tú eres un aventurero, Lezama-dijo en voz baja —. Has vivido bajo muchos cielos y te has mezclado con muchas miserias humanas. Debes, pues, tener tolerancia…

—¡Escancia, “Medio Brazo”! Han citado mi favorita virtud. Cierto, Jeanne. Cuando se han cruzado mares procelosos, cuando se ha convivido el ser humano en todas sus facetas, nos queda el don de saber sonreír y saber comprender.

Diego Lucientes apuró con placer su primera copa de champaña. Jeanne de Belleville cruzó las manos.

—Hace diez años, Lezama, decapitaron a mi esposo. Era Olivier de Clisson…

—¡Tate! ¿Eres tú la “Dama de Clisson”? ¿La que mandaba barcos piratas? Te suponía muerta…

—Más me habría valido. Lo que primero fué sólo venganza contra la injusta muerte de mi esposo…

—Olivier de Clisson era un bandido de órdago, Jeanne. Perdona mi rudeza, pero al pan, pan…

—Y al vino, vino, señor. ¿No catas la rica espuma jubilosa?

Y Diego Lucientes tendió la copa al Pirata Negro, que mirando la patética expresión de Jeanne de Belleville, apuró su copa.

—Podía ser lo que dices —arguyó ella melancólicamente—. Pero yo le amaba, y conmigo fué siempre bueno. Si no hubiese sido decapitado, hoy sería madre y feliz.

Unas lágrimas lentas resbalaron por las sonrosadas mejillas de la

“Dama de Clisson”. “Satán” gruñó entrecortadamente... y Jeanne de Belleville se sobresaltó...

—¡Por favor! ¿Quieres apartar de mi vista a tu fiera? —rogó.

Carlos Lezama destrabó al leopardo, al que llevó a la bodega. Lo encadenó en una argolla entre dos esqueletos.

—¿Invitados tuyos, Jeanne? —dijo al regresar, y señalando con el pulgar la bodega de la que acababa de salir.

—Víctimas de Montbar y de Carey-dijo ella devolviendo la copa vacía a Diego Lucientes, quien la volvió a llenar sonriente.

—Sigue con tu historia.

—Llegó Liam Montbar. Tiene fascinación y es hombre de mando. Venía acompañado de un cuarentón erudito, que conocía toda clase de anécdotas sobre los piratas antiguos. Me enamoré de Liam Montbar; y él organizó los “Mendigos del Mar”. Fuí resbalando... Y no tomé parte alguna en los crímenes, pero soy tan culpable como todos ellos. No quiero hallarme atenuantes. Reconozco que soy una malvada; pero cuantas veces he querido evadirme de ese círculo de muerte, no he hallado el hombre que me ayudara. Vino después Doug MacCarey...

—Te enamoraste de él... y lo has matado hace unos instantes.

—¡Todos buscaban en mí a la mujer! —y subió el tono de su voz hasta convertirlo en un lamento agudo—. ¡No querían comprender que también yo poseo un alma!

—La que toca el arpa...

Jeanne de Belleville sollozó, dejando caer pesadamente su cabeza encima de sus brazos cruzados.

El Pirata Negro bebió otra copa, y acarició molesto la sedosa cabellera rubia y los hombros frágiles levantados por los sollozos.

—Perdona, “Dama de Clisson”. No es a mí, bribón pirata, a quien toca juzgarte... Sigue hablando...

Ella mostró el rostro más bello que nunca y más infantil aún, con el brillo empañado de sus candorosas pupilas azules.

—Soy sincera... quizás por vez primera en mi vida, Lezama. Adivino en ti al hombre caballeroso a quien las circunstancias han lanzado por camino distinto al que aspira. Si hubieras hallado en tu camino nobleza de alma, generosidad, buenos sentimientos, ¿serías el pirata que eres?

—Lo que soy, nadie lo puede remediar, sino yo mismo.

—Pero eres hombre, y eres viril. Yo soy... juguete de las pasiones de los hombres. Escucha, Lezama; llévame lejos de esa comarca que siempre ha de recordarme mis crímenes. Dame el olvido del mar...

Diego Lucientes dió una cabezada, y trató de mantener los ojos abiertos.

—Un afecto puro y noble puede redimirme, Lezama.

—Hablas como un eco de mis deseos, Jeanne. Pero... ni yo en ti puedo hallar redención... ni tú en mí...

—¡Puedes darme amparo, y llevarme lejos de aquí! A otras tierras nuevas donde nadie sepa quién es la “Dama de Clisson” y yo empezaría otra existencia... No me importaría ser criada de otra; trabajar... todo, con tal de que se esfumase la pesadilla de esos diez años...

Carlos Lezama pasóse la mano por la frente; contempló la figura de Diego Lucientes amodorrado, y durmiendo sobre la mesa y... tardíamente comprendió lo ocurrido.

En brumas, percibió la perversa sonrisa de la “Dama de Clisson”, que levantándose retrocedió lentamente.

Carlos Lezama púsose en pie, vacilando. Dió un paso hacia delante con las poderosas manos hacia ella...

Se tambaleó y cayó cuan largo era. Lo último que oyó fué la risa tenue de Jeanne de Belleville.

* * *

>

La “Dama de Clisson” cerró cuidadosamente la sólida puerta del sótano, colocando cruzadas las gruesas barras de hierro que hacían imposible todo intento de derribarla.

Subió hasta la azotea de la “Mansión”... Todo era silencio en el páramo...

—¡Clan Montbar! —gritó ella.

Su voz aguda resonó en la noche como un graznido de mal agüero. Envuelta en los jirones de su túnica que el viento agitaba, flotantes rectamente tras su nuca los rubios cabellos, la blanca visión estatuaria impresionaba como aparición espectral...

Una sombra cautelosa fué destacándose al avanzar reptando por el liso terreno. Asía la larga pértiga engarfiada...

—¡Clan Montbar! —repitió ella.

La sombra se levantó aproximándose al pie de la enredadera.

—¿Llamas a Liam Montbar? —interrogó una voz ronca.

—Condúceme a él. Quiero hablarle.

—¿Tú sola? —interrogó en la obscuridad la voz incrédula.

—Obedéceme. Liam Montbar se alegrará de las noticias que le traigo.

—A Liam Montbar sólo puede alegrarle una noticia. La muerte de MacCarey.

—Lo maté.

—La de Pat Donegal.

—Allí está su cadáver.

—Te espero. Te llevaré a donde está Liam Montbar, nuestro jefe.

Por el camino hacia el acantilado, Jeanne de Belleville resumía sus pensamientos. Había adivinado que el Pirata Negro, por caballeroso, no era el aventurero que podría servirle a ella, como jefe de los “Mendigos”. Y muertos MacCarey y Donegal, sólo en Liam Montbar podría encontrar salvación, al entregarle a su odiado enemigo.

—¿Ha citado Montbar al Pirata Negro?

—Ofrece diez mil luises de oro a quien se lo lleve vivo y encadenado.

—Mucho debe de odiarlo.

—Tanto… que antepuso su captura a la exterminación de Doug MacCarey…

La última vacilación temerosa de Jeanne de Belleville desapareció. Sólo quedó, triunfante, su noción de que era bella, y Liam Montbar la había deseado como un sediento gime por la gota de agua que ha de aplacar su sed.

Y la “Dama de Clisson” entró en la gruta con paso decidido.

CAPÍTULO IX

La venganza es oriental...

Liam Montbar pestañeó en el colmo del estupor cuando vió avanzar firme y sonriente a la semidesnuda “Dama de Clisson”. Buscó con la mirada a los “Mendigos” de MacCarey, pero aunque era incomprensible, Jeanne de Belleville había venido sola.

—¡Por San Patricio! —exclamó riendo el irlandés—. Nunca oí citar ni en las fábulas griegas, que tú me recuerdas, el lance de una cordera en apariencia, viniendo a entregarse al lobo hambriento.

—El lobo no muerde a la cordera, Liam, porque para él traigo el más apetitoso de los manjares.

—Lo eres, Jeanne, lo eres. ¿Y tu amoroso Doug MacCarey?

—Le hundí mi estilete en el corazón.

—¿Sí? ¿Rompió tu arpa?

—Al verte de nuevo, Liam, comprendí que fué un engañoso espejismo el creer que para mí existiera otro hombre que tú.

—Arrullos de paloma. ¿Qué otros gorjeos vas a trinar?

—Maté a Pat Donegal, y engañando al Pirata Negro y su segundo, logré que ellos me ayudaran para matar a los “Mendigos” adictos a MacCarey.

El rostro hasta entonces satánicamente sonriente del irlandés, se contrajo en espasmo de ira al oír citar al Pirata Negro. Adelantó la nervuda mano y asiendo por el hombro a Jeanne de Belleville, la forzó a arrodillarse ante él.

—¿Piensas sustituir a Carey con ese... español?

—Sólo tú... —y ella, reptando sinuosa fué alzándose hasta quedar con su cuerpo pegado al del irlandés—. Por tu amor, Liam, mi hombre, te ofrezco al Pirata Negro.

Él la asió brutalmente por la nuca, acercando su rostro al de ella.

—¿Qué has dicho?

—Sabes que en la bodega de la “Mansión” guardamos vinos embarricados y en frascos. Todos contienen narcótico. Fué idea de Arystottle Toffle. Era para, si venían fuerzas reales, invitarlas a beber...

—¡Ya sé! ¡Al grano!

—Aprovechando una ausencia del Pirata Negro, vacié mi copa en el suelo, y así, cuando él entró de nuevo y vióme tender mi copa, creyó que había bebido, con lo que desapareció cualquier desconfianza que podría haber tenido. Además, jugué el papel de mujer sincera... Todo por tí, Liam...

—¡Abrevia! ¿Qué hiciste con él?

—Está adormilado en el sótano, y la puerta no hay quien la derribe...

Con salvaje frenesí, Liam Montbar abrazó a la francesa, y enlazándola por la cintura, gritó:

—¡Clan Montbar! ¡Rodead la “Mansión del Páramo”! ¡Al instante!

* * *

>

Carlos Lezama entreabrió los ojos al sentirse rociado por constantes aguaceros. Vió dos “Mendigos” echándole el contenido de cubos rebosantes de agua.

Estaba maniatado y sólidas trenzas de cuero le mantenían en pie contra la pared, sujetas las manos a la espalda por la argolla empotrada en el muro.

En la mesa del sótano, Liam Montbar se sentaba indolentemente. A su lado, en el banquillo y reclinada la cabeza sobre las rodillas del irlandés Jeanne de Belleville sonreía amorosamente.

El Pirata Negro contempló a los “Mendigos” situados a espaldas de la pareja, y vió a su derecha a Diego Lucientes, atado como él.

—¡Tate! —dijo burlonamente—. La mocita nos dió el opio, “Medio Brazo”, como puedes apreciar.

Liam Montbar acariciaba los rubios cabellos desparramados sobre sus rodillas. Miró sonriente al Pirata Negro.

—Mi sangre corre aceleradamente por mis venas al verte así, pirata.

—Cuídate. Puedes morir de apoplejía...

—Oír ahora tus insolencias me hace estremecer de frío.

—Arrópate, que te vas a quedar helado. Mientras tenga lengua...

—¡"Vas listo, Calixto"! —añadió Lucientes, con desgarrado madrileñismo—. Morir juntos, capitán Lezama, no me disgusta del todo.

—Mejor sería vivir... separados, "Medio Brazo". Pero, por ahora, tiene la palabra ese mocetón.

—¿Qué os decís? —preguntó amablemente Liam Montbar, que no entendía el español.

—En nuestra patria son más listos que tú, Montbar. Hasta los niños de ocho años hablan el español.

Diego Lucientes rió con breve carcajada, que irritó al irlandés.

—Ordena a tu segundo que cierre los labios, pirata. Ríe como tú.

—Tiene muchos puntos de parecido conmigo. Por eso nunca haremos buenas migas...

—¿Tiene aún esperanza de vivir, pirata? Escúchame bien; la venganza es oriental, y ellos son maestros en el arte de saber vengarse. Dicen que la venganza es plato que se come frío...

—Puede, pues, indigestársete. No me dejes enfriar, irlandés. Hace años que voy sin cesar en pos de la Muerte, y ella me huye esquiva. Es mujer, y como ellas adora al que las desprecia. No va por tí, "Dama de Clisson". Al fin y al cabo, tuviste mala escuela.

—Mírala, pirata-y el irlandés palmoteó las mejillas de Jeanne de Belleville —. Ella sola te ha vencido...

—No; quítate tal idea del magín, irlandés. Me venció su patética sinceridad de ganosa de arrepentimiento y redención. Supo ser musical y halló eco en el arpa de mis fibras sentimentales. Esas condenadas fibras que nunca he logrado ahogar... Felizmente, tú sí sabras matarlas.

Liam Montbar dejó de palmotear las mejillas de Jeanne de Belleville. Y su gesto sorprendió a los mismos "Mendigos" silenciosos que manteníanse a la expectativa tras ellos dos.

La diestra de Montbar asió por la garganta a la "Dama de Clisson". Ella, creyendo en nueva caricia, dejó caer hacia atrás la cabeza. Liam Montbar la levantó en vilo, sin esfuerzo, y la sostuvo en el aire, frente a sí...

Su mano iba presionando, presionando... Los ojos de la bella desorbitáronse, y aleteó los brazos como un pajarillo preso en la

trampa...

—Me temo que ya no tocará más el arpa-dijo el Pirata Negro.

Diego Lucientes no rió. Estremecióse de terror...

Liam Montbar siguió estrangulando a su antigua amante... Sus ojos ensoñadores contemplaban amorosamente a la mujer, hasta que la dejó caer inerte y muerta a sus pies.

—Era hermosa —comentó serenamente—. Me dió horas inolvidables, y su última hora ha sido incomparable. Porque por ella tengo ahora el inefable goce de tenerte en mi poder, pirata.

—Eres especialista en asesinar mujeres, irlandés. Propio de almas cobardes como la tuya. ¿Te traicionó antes? Haberla despreciado, pero deja de ser hombre el que mata a una mujer... y yo te creía hombre, Liam Montbar.

—Tiempo sobrado tenemos, pirata. Estoy aleccionándome de los orientales. Dime, ¿qué habrías hecho tú con ella?

—Tundirla a latigazos... y darle puerta abierta para que traicionara a otros. Pero paz a su atormentada alma. Un consejo, irlandés: recuerda que por charlatán, perdiste otra ocasión de matarla. Si das tiempo al tiempo, aún yo he de ser quien lacere tu cuerpo a puñaladas.

Liam Montbar rió suavemente, casi con místico arrobo.

—Me place tu arrogancia imbécil, pirata. Retas, y estás en mi poder. ¿Piensas que voy a matarte por más que me irrites? No soy tan torpe. Sé que aprecias al mosquetero gascón. ¡Cormick! ¡Flaherty! —ordenó volviendo la cabeza—. Id con tres más a buscar al mosquetero. Traedlo aquí.

El Pirata Negro frunció el entrecejo.

—Creo que es muy doloroso ver morir a alguien por quien se siente amistad —dijo con tranquila entonación Liam Montbar—. Es la tortura moral que te reservo. Sufrirás, porque tú trajiste al gascón y eres culpable de su muerte. Después le seguirá ese manco. Pero le atormentaré por su risa. Pienso hincarle astillas entre las uñas...

—¡Diantres! —exclamó sudoroso Diego Lucientes—. Va a ser difícil que vuelva a reírme delante de ese verdugo que anuncia las cosas como si regalase opíparas meriendas.

—Un cordón de bramante en tus sienes hará estallar tus ojos de tus cuencas, pelirrojo-sonrió Liam Montbar.

—Ese me quiere asustar... y lo ha conseguido-balbuceó el

madrileño —. Suéltale algo fuerte, capitán Lezama, o mis rodillas van a parecer castañuelas repicando a sevillanas.

—¿No querías emociones, “Medio Brazo”?

—Pero no de ese calibre... Morir matando era mi deseo.

—Trata de morir bravuconeando. El miedo que no se demuestra, es la valentía que en ti me gustó, estudiante. —Y encarándose con Montbar habló de nuevo en francés el Pirata Negro—. Hay un refrán en mi tierra que dice que perro que ladra, poco muerde. Y tú ladras como un cotorrón, porque a perro no llegas.

Liam Montbar descendió pausadamente de su mesa, acercóse al Pirata Negro y abofeteóle velozmente, a manotazos brutales... Fueron seis bofetones de cobarde rudeza.

El escupitajo del Pirata Negro alcanzó de lleno en la frente al irlandés que cegado de ira, desenfundó su puñal, levantándolo para herir en el cuello a su rival.

De pronto, Liam Montbar dejó caer el puñal, y con el dorso de su mano limpióse la frente.

—No... no conseguirás tu propósito, pirata. Morirás el último.

—Ven “pa” acá, irlandés-rogó Lucientes —. Acércate.

Pero Liam Montbar, encogiéndose de hombros, volvió a sentarse en la mesa.

—Estaba lejos para poderle yo escupir-aclaró el madrileño —. Me gustaba su puñal... más que las maderitas en mis uñas...

Carlos Lezama lamióse la sangre que le resbalaba por las comisuras de los labios. Liam Montbar le contemplaba soñadoramente.

—He pensado algo para tí, irlandés. Ponerte unas faldas y convertirte en mi bufón. Bailarás al son de mis latigazos, y a mi bordo todos se reirán de ti. No tengo bufón.

Liam Montbar siguió silencioso, aunque en su frente se hincharon las venas.

—Yo le cabalgaré los lomos-aseguró el estudiante, tratando de olvidar su pánico —. Pero... si salimos de ésta, capitán Lezama, déjame abofetearle antes de que le mates.

—¡Sé andar solo! —exclamó un vozarrón por la escalera.

Azuzado por las largas pértigas, entró en el sótano Jarnac de Lesperruy. Era un titánico esfuerzo el hecho de que pudiera andar; tal era la profusión de cadenas que le rodeaba por entero el cuerpo.

El Pirata Negro sonrió amargamente al ver cómo ataban contra el muro y a una argolla, al marido de la sensible condesa de Kerdal.

—Buenas noches, hidalgo —atronó Jarnac—. Teníais razón. No debí hacer aquella salida imprudente. Bien avisasteis... y ahora me apena ver que por mi culpa os han apresado.

—¡Calla! —gritó Liam Montbar.

Jarnac de Lesperruy movió el mostacho resoplando con furor.

—¿Que me calle? ¡Por cien mil cuernos! Callaré cuando se me apetezca, renegado corsario, traidor al Rey.

Liam Montbar levantóse y se acercó al gascón.

—¿Traidor al Rey? ¿Y qué haces tú sirviendo de escolta a dos piratas españoles?

—Dos piratas que presentaría al mismo Rey si la ocasión se terciara-dijo orgullosamente Jarnac —. Porque de hombre como ellos y espadas como las suyas sólo hay semejanza en todo el mundo en quien ostenta con honradez el nombre de Jarnac de Lesperruy.

—De los tres, Jarnac, y hablo con sinceridad, la mejor espada eres tú-dijo el Pirata Negro.

—¿Lo crees así, hidalgo, o lo dices sólo por complacerme? — inquirió infantilmente gozoso el mosquetero.

—Lo creo así; y el Rey se quedó corto al nombrarte “primera espada de Francia”.

—Ya se lo advertí —reconoció el gascón.

Liam Montbar acaricióse pensativo la barbilla. Al fin estalló:

—¿Os dáis cuenta de que vais a morir, insensatos? ¡Dejad ya de hablar estupideces! Preparaos a afrontar las peores torturas, de las que mi pensamiento tenéis.

—¡Este mentecato pretende atemorizarme! —rugió encolerizado Jarnac agitando el poderoso tórax que tintineó de cadenas—. ¿Nunca has visto lo qué es un hombre, Montbar? Refocílate mirándonos: aquí estamos tres alegres espadachines, que te vamos a enseñar lo qué es ser hombre.

Liam Montbar acercóse despacio al gascón, sin pronunciar una palabra, levantó su puñal, y con todo el ímpetu de su brazo hercúleo, hundió la acerada hoja en el amplio pecho del gascón...

La empuñadura sobresalió por entre los eslabones de la cadena, demostrando el certero pulso de Liam Montbar...

CAPITULO X

Un epílogo imprevisto

Cuando el león en la selva siente el aguijón del hierro traidor, su bramido aterroriza al cazador más impávido...

El estentóreo quejido de Jarnac de Lesperruy al penetrar en su pecho la hoja del puñal de Liam Montbar, sacudió a los que presenciaban la escena, y el propio Liam Montbar retrocedió unos pasos...

Jarnac de Lesperruy bajó la cabeza y en sobrehumano esfuerzo titánico hinchó la poderosa musculatura. Todo su cuerpo, desde los pies hasta el cuello, convirtióse en un amasijo de nudosos músculos que tensaban sus ropas...

Resopló como el búfalo que se dispone a cargar y oyóse un estrépito cuando la argolla del muro cedió...

De las muñecas encadenadas del Hércules de Kerdal, pendía ahora un grueso cadenón de eslabones pesados.

Dió el mosquetero gascón una vuelta sobre sí mismo y la cadena azotó a los más cercanos, derribándolos como árboles tronchados por un huracán...

Liam Montbar hurtóse ágilmente a la acometida, saltando sobre la mesa, desde donde lanzó su espada hacia el titán acometedor que derribaba a cadenazos a cuantos pretendían acercarse.

La espada de Montbar, certeramente lanzada, atravesó un hombro de Jarnac. Pero el rubio coloso parecía insensible a las profundas heridas.

Seguía volteando su cadena...

El Pirata Negro silbó estridentemente, y unos gruñidos acelerados fueron contestándole.

Los “Mendigos” y Montbar miraron asombrados hacia la bodega,

de donde partió un feroz alarido, espeluznante. Oíanse zarpazos; al fin, rastreó una cadena y de un salto majestuoso, “Satán” cayó en el centro de los “Mendigos”.

Horrorizados ante aquella inesperada presencia, todos corrieron atropellándose hacia la puerta. Jarnac alcanzó con su cadena los tobillos de Liam Montbar, que, con una imprecación de sufrimiento, cayó al suelo.

“Satán”, poniendo en práctica los juegos que de cachorro aprendiere en la selva, abalanzóse contra la pared, arañando la cal junto al cuerpo del Pirata Negro.

Sus afilados colmillos cortaron limpiamente el cuero que atenazaba a Lezama. Pero eran muchas las vueltas de la viscosa trenza y tuvo el leopardo que arañar con sus zarpas hasta lograr librar a su dueño.

—¡Clan Montbar! ¡Clan Montbar!

El grito repetido terminó en silbidos insistentes… que la escalera aumentaba en sonoridad.

Oyéronse pistoletazos y el fragor de aceros entrechocando. Un griterío ensordecedor se enseñoreaba de los alrededores de la “Mansión del Páramo”.

Jarnac de Lesperruy, con los ojos sanguinolentos, tambaleóse pesadamente. Miró a Diego Lucientes atado aún, al Pirata Negro, que se acercaba a él, seguido del leopardo… y como una torre que se desploma, el coloso gigante cayó pesadamente al suelo.

Liam Montbar había desparecido. Su oído había captado el alarido de los cornetines de las fuerzas reales de Su Majestad el Rey de Francia y buscó salvación…

A la vez, huía del leopardo. Valiente hasta la temeridad, el irlandés profesaba un miedo cerval a las fieras, razón por la cual, en sus correrías de pirata, nunca abandonaba el recinto de los poblados americanos.

Al salir del páramo vió a sus “Mendigos” corriendo alocadamente en todas direcciones, perseguidos implacablemente por mosqueteros a caballo, que descargaban sus mosquetones galopando.

Jean Loup, el corsario de Villefranche, iba en retaguardia de los escuadrones de mosqueteros, que ahora cargaban a sable contra los huidizos y desconcertados “Mendigos del Mar”.

Liam Montbar arrodillóse serenamente, apuntando a Jean Loup, el que le había traicionado... Pero un mosquetero se interpuso en la trayectoria de la bala destinada a Jean Loup, y cayó del caballo, que siguió su galope hasta donde se hallaba arrodillado Liam Montbar.

—¡Allí! —gritó Jean Loup, indicando a los mosqueteros la presencia del irlandés—. ¡Allí está Montbar!

Liam Montbar enderezóse felinamente y cabalgó al galope al bruto enloquecido por la falta de jinete. Espoleó los ijares a brutales taconazos.

Tras él lanzáronse Jean Loup y varios mosqueteros. Otros intentaron cerrarle el paso.

Recto como una flecha Montbar dirigió su caballo hacia la cumbre del acantilado. A sus costados, los mosqueteros cerraban el acoso.

Llegado al límite del páramo, Liam Montbar espoleó al bruto que se resistía al vacío. Encabritóse el caballo... y en último salto espectacular cruzó el aire...

Desde la altura del acantilado, oyeron Jean Loup y los mosqueteros la caída del caballo y su jinete al mar, distante un centenar de metros.

—Ha terminado ya el reino de los “Mendigos del Mar” —dijo Remy d’Artois, el comandante de los tres escuadrones de mosqueteros—. Y ahora, señor corsario, tened la bondad de llevarnos a donde esté mi amigo Jarnac de Lesperruy.

✲ ✲ ✲

>

Jarnac de Lesperruy, apoyada la cabeza en la rodilla del Pirata Negro, ahuyentó una inexistente mosca de delante de sus ojos.

—Zumba... sin cesar, hidalgo.

Carlos Lezama simuló apartar con la mano el velo de agonía que entrecerraba en brumas los párpados del gascón.

—Quiero... ver Kerdal... y a Leonie, hidalgo. Llévenme allá.

—Varios días en reposo, Jarnac-y procuró el Pirata Negro afirmar la voz —, y os recuperaréis. Un viaje ahora sería agravar...

—Hirió bien... el irlandés. Pero... hay cofre.. hasta morir en Kerdal.

—Sea —asintió Carlos Lezama—. Iréis a Kerdal.

* * *

>

Un extraño cuadro ofrecióse a la vista de Remy d'Artois cuando entró en el sótano, seguido de Jean Loup.

Un pelirrojo manco, atado contra la pared, ostentaba en el rostro una mueca de tristeza. Un leopardo azotábase los flancos con la larga cola, sentado hieráticamente junto a un arrodillado individuo de tez bronceada, que soportaba sobre su rodilla la cabeza de Jarnac de Lesperruy, encadenado y sangrante de dos anchas heridas en el pecho.

—¡Jarnac! —exclamó d'Artois—. ¿Os malhirieron?

—A traición, d'Artois.

El comandante de mosqueteros se arrodilló al otro lado. Miró con curiosidad a Carlos Lezama.

—¿Fueron los "Mendigos"?

Asintió mudamente el Pirata Negro con un ademán.

—Os anuncio con orgullo, Jarnac, que nuestras fuerzas han exterminado a esa canalla. Su jefe despeñóse acantilado abajo. Ya no hay en la costa más que fuerzas del Rey.

—Una carroza es lo que Jarnac necesita, señor-intervino el Pirata Negro —. Quiere regresar a su castillo de Kerdal...

—Pero... ¡un viaje ahora! —protestó d'Artois.

—Eso es lo que deseo, d'Artois-susurró el gascón —. Una carroza... y encargaos de los relevos... Buenos caballos... y regresar junto a Leonie.

Remy d'Artois transmitió unas órdenes y oyóse decrecer la galopada de varios cascos.

—Han ido a Calais, Jarnac. Pronto os pondréis en camino, ya que tal es vuestro deseo.

El Pirata Negro restañaba la sangre de las heridas y con expertos ademanes improvisó unos vendajes de contención, haciendo torniquetes. Levantóse al terminar.

—¿Os... vais, hidalgo? —preguntó Jarnac, apoyado ahora en la rodilla de Remy d'Artois.

—Regresaré, Jarnac. Es para mí una honra y un deber acompañaros al castillo de Kerdal.

Salió el Pirata Negro, seguido por "Satán", mientras Diego Lucientes musitaba:

—Jarnac... ¿Me aceptas también por escolta?

El gascón ladeó la cabeza, sonriendo penosamente.

—Desatad al caballero Lucientes...

Vos mismo..., Jean Loup..., que... si ayer peleamos... hoy parecéis servir al Rey...

—Fué el corsario Jean Loup quien, a uña de caballo, vino a advertirme que Liam Montbar era el jefe de los “Mendigos del Mar” —explicó d’Artois—. Nos prometió acompañarnos al lugar donde se reunían; nos mostró la gruta secreta donde se ocultaban. El centinela preso no quería revelarnos el paradero de los restantes. Felizmente, Jean Loup conocía la existencia de esa casucha... Pero, mi buen Jarnac, llegamos tarde...

—No os apuréis, Remy d’Artois... Doy a gusto mi sangre, ya que con ella ha terminado el reinado de los cobardes “Mendigos del Mar”...

✲ ✲ ✲

>

Fué reuniendo el Pirata Negro sus tres grupos de piratas, dirigidos por “Cien Chirlos” y “Piernas Largas”.

—Fuerzas mosqueteras rondan el páramo y la costa, mis valientes. Volveréis al “Aquilón”. Terminó aquí ya nuestra misión. Toda vela al Sur, “Cien Chirlos”. Y cuando veas encendidas dos fogatas en el monte picudo que se alza en la costa de Burdeos, acude a buscarme.

—¿Te vas de nuevo, señor? —preguntó, pesaroso, el lugarteniente.

—Por poco tiempo, guapetón. La muerte no me quiere en tierra; la buscaremos en el mar. Id prestos ya a bordo, y que os vea zarpar.

Un cuarto de hora después, como un pañuelo ondeando su despedida, el “Aquilón” alejábase rumbo al Sur.

El Pirata Negro dirigióse de nuevo a la “Mansión del Páramo”. “Satán”, libre ya de sus cadenas, alargó su majestuoso andar, para que su testa estuviera al alcance de la mano que ruda y sabiamente le hurgaba la dura frente.

✲ ✲ ✲

>

Una carroza púsose en movimiento en el páramo. En su interior,

Diego Lucientes abrazaba el corpachón de Jarnac de Lesperruy. En el pescante, dos mosqueteros sostenían las riendas de un brioso tiro de alazanes que, a largo trote, tomaron la ruta del Sur.

Jarnac de Lesperruy había denegado la escolta de Remy d'Artois y sus mosqueteros. Bastaba, había dicho, con los mosqueteros que llevasen las riendas y asegurasen los relevos en los puestos reales de la carretera a Burdeos.

Y un jinete galopaba tras la carroza, al aire el vuelo negro de su capa. Un leopardo acompasaba su majestuoso brincar al galope del caballo con elásticos saltos.

Diego Lucientes mantenía con su brazo válido la cabeza de Jarnac contra su pecho.

El mosquetero gascón dormía, en sueño agónico...

El madrileño intentó un guiño truhanesco, que quebróse en parpadeo húmedo.

—Tú hallaste, Jarnac, lo que inútilmente persigue el capitán Lezama. La muerte liberadora.



FIN

Notas

[1] Ver *Los tres espadachines.* < <